

01 Tres millones y pico

José Manuel Gasulla



Capítulo 1

1-DE PICOS PARDOS

¿Eres una puta?

Noooo. Soy dama enfermera. – lo miró de arriba abajo y prosiguió- Y tú no sé qué eres, pero desde luego, diplomático no.

El hombre no pareció inmutarse y siguió hablando

¿Llevas tatuajes? ¿piercings?

Vaya con el Humphrey Bogart –respondió ella, mirando su gabardina gris y su sombrero- No, no llevo ni tatús ni piercings... Tal vez te gustaría...

No, precisamente no quiero nada de eso. – una breve pausa y el hombre preguntó - ¿Cuánto?

Con esas pintas... ¿no serás un poli? - Ella lo observó inquisidoramente y eludió la respuesta.

No, desde luego que no. Sólo soy un simple pasante de notario... bueno, por poco tiempo. Ahora estoy casi en el paro.

Una nueva mirada suspicaz, que el hombre entendió perfectamente.

¡Oh! No te preocupes, soy solvente – y para reafirmar sus palabras sacó su cartera y le mostró un billete de cien.

Mi tarifa es la mitad, luego te doy el cambio – hizo ademán de cogerlo, pero él lo retiró rápidamente de su alcance.

No tan rápido, princesa ¿hay algún lugar donde puedas atenderme adecuadamente?

Por supuesto. Tengo un apartamento. Es mi "oficina" de trabajo. Acompáñame si quieres... - repuso ella.

Vamos – respondió lacónicamente él.

El apartamento estaba en una finca muy antigua, tal vez el edificio tendría más de cien años, pero había sido restaurado y tenía un aire coquetón. Estaba bien decorado y limpio.

Ella sólo entrar se quitó el abrigo y lo colgó en un perchero. Él pudo comprobar que debajo llevaba un vestido no demasiado llamativo ni

escotado. Algo cortito, pero sin exageración.

¿Una copa? – ofreció ella, con la clara intención de romper el hielo.

Él depositó su sombrero en el perchero y se quitó la gabardina, debajo llevaba unos pantalones de corte barato y un suéter.

Sí, por favor. Coñac, si tienes. No importa la marca.

Se dirigió hacia el mueble bar y preparó una copa y un vaso largo. Se sirvió un vodka ciertamente generoso. Miró la copa de brandy, pareció pensarlo mejor y la llenó un poco más.

Suficiente – señaló el hombre.

Ella se sentó a su lado en el sofá y le ofreció la bebida. La observó atentamente. No era una mujer de una hermosura exuberante, pero sus facciones eran muy agradables. Sus curvas generosas, pero no escandalosas. Su pelo rubio muy oscuro, casi castaño a media melenita, lucía un peinado discreto, pero con cierta clase. Realmente no parecía una prostituta.

Al verse sujeta a esta profunda inspección, le preguntó:

¿Qué, examinando la mercancía? – tomó un trago y se levantó dando un par de vueltas sobre sí misma, permitiendo que la observase a placer - ¿satisfecho? -

Sí – tras una breve pausa siguió – Verás, realmente no quiero follar...

-¡Sorprendente! – Exclamó ella – Entonces ¿por qué estamos aquí?

Nunca en toda mi vida he hecho esto antes – expuso el hombre con cierta timidez en la voz.

¿Ir de putas? Entiendo que es eso a lo que te refieres – sonrió ella.

Si. Es complicado de explicar. Soy un hombre casado...

Como el setenta por ciento de mis clientes. Y claro tu esposa no te comprende...

No caigamos en absurdos tópicos. Estoy enamorado de mi mujer. Nunca la he engañado y no quiero hacerlo. Pero ahora quiero hacerle creer que tengo una amante. Una aventura.

¡Insólito! Lo habitual es todo lo contrario. Las parejas infieles no suelen querer que sus "*affaires*" se descubran. Ilústrame un poco, a ver si

consigo entender algo.

Llevamos treinta y cinco años casados. Nuestra relación está... diríamos, congelada. Ella está demasiado segura de mí. Cree que no podría tener una amante, por mi carácter, por mi físico, por mi edad.

Bueno, tampoco estás tan mal. A tus cincuenta y muchos o sesenta y pocos, conservas mucho atractivo ¿he calculado bien tu edad?

Gracias por la moral. Sí, cincuenta y nueve. Y tú, unos cuarenta y pocos.

Vaya que galante. Realmente son cuarenta y muchos. Cuarenta y nueve.

Te conservas bien... - empezó a decir él.

Y, entonces si no follamos ¿Cuál es el plan?

Bueno, mi idea es hacernos fotos con poca o ninguna ropa. Eróticas, no pornográficas. Y esconder la tarjeta de la cámara de forma que mi mujer pueda encontrarla, pareciendo que yo no quiero que lo haga.

Con el fin de que piense que tienes un lío con una desconocida. Si es que capto bien la idea - resumió ella.

Exacto - confirmó

¿Y si te pasas de vueltas? ¿Y si ella se enfada tanto que llegue a querer separarse de ti?

La conozco. Tal vez lo pensará, pero no lo hará. De hecho, calculo que incluso me valorará más al ver que aún puedo volver al mercado. ¿aceptas la proposición? - indagó el hombre.

No me gusta la idea de hacerme fotos de ese tipo. Es francamente inusual. Pero si me prometes que no las colgarás en internet y que sólo las usarás para lo que me has dicho, - ella fingió meditarlo unos instantes y finalmente dijo - Sí. Acepto.

Sacó el billete de cien y lo dejó sobre la mesita ratona.

Trato cerrado. Ahora sí es tuyo. Y quédate el cambio - sonrió él.

Caramba, sí que pagan bien en el paro.

Bueno, tengo algunos ahorrillos. Por cierto, aún no sé tu nombre.

Eso es porque no has preguntado. Lucrecia. Es el nombre de guerra. ¿y

tú?

Juan - respondió él, escuetamente.

Ya. Y de apellido Nadie. Juan Nadie. Suena más falso que un billete de dos mil euros.

Es mi nombre de guerra- sonrió "Juan"

Touché – sonrió ella, poniéndose de pie. Dio una vuelta y de espaldas a él, dejó caer grácilmente su vestido, apartando los tirantes. Se giró y puso sus brazos en jarras, luciendo descaradamente su cuerpo. Llevaba una lencería íntima roja y negra muy bonita y exótica, complementada con un ligero a conjunto y unas medias. Realmente muy seductora y picarona.

Se quedó mirándola y aún a pesar suyo no pudo evitar una fuerte erección. Había sacado una cámara digital, no muy buena, simplemente de gama media. Estaba a punto de enfocar, pero se detuvo y dijo:

Esa lencería es preciosa, pero quizá demasiado atrevida. ¿no tienes algo más convencional?

Claro, algo que no sea tan de puta. Es eso lo que quieres decir – aventuró Lucrecia.

Se puede expresar más alto, pero no más claro. Exacto – aclaró Juan

Se desabrochó el sujetador con la práctica que da la costumbre. Sus pechos turgentes escapando de su prisión, se mostraron en todo su esplendor.

Vuelvo en un minuto – desapareció por una puerta, que sin duda era de la alcoba.

Cuando reapareció llevaba un sostén y unas braguitas blancas a conjunto. Menos provocativos, pero bastante transparentes. Juan pudo apreciar, más bien adivinar sus pezones erectos y vio claramente el vello púbico a través de la blanca transparencia de la tela. A través de los pantalones notó su pene erecto y bastante húmedo.

¿Mejor así? –preguntó Lucrecia, luciendo su nuevo atuendo como una modelo en la pasarela- ¡Oh! Ya veo perfectamente que sí – al observar el bulto de su entrepierna.

Sí, sin duda – respondió Juan, mientras enfocaba la cámara y hacia un par de fotos - ¿Puedes dar un poco más de luz? Esta cámara no es muy

buena.

Por supuesto – le dio al interruptor y el saloncito se vio mucho más iluminado. - Y tú ¿Qué esperas?

¿Ehh? - se sorprendió Juan.

Para desnudarte. Entiendo que también participas en la sesión fotográfica y no sólo como cámara.

Claro – hizo un par de fotos más, se puso en pie y empezó a quitarse el suéter, sin mucho arte. Hizo lo propio con la camiseta y después el pantalón, quedando en calzoncillos no demasiado eróticos. Ella tomó un par de fotos.

Venga no seas tan tímido. Quítatelos, y por favor también esos horribles calcetines. Ni te imaginas lo ridículos que resultan.

Así lo hizo. Se quedó en bolas, se irguió en su metro ochenta y procuró dar una digna imagen. Lucrecia aprovechó la ocasión, para examinarlo con ojo experto. Un hombre de pelo corto que había sido en su momento negro, pero que ahora iba sufría una inexorable invasión por las canas. Sus ojos muy oscuros, expresaban una mirada algo melancólica o tal vez incluso taciturna. Sin embargo, sus rasgos definían un cierto atractivo e inspiraban una sensación de confianza “tiene cara de buen chico” pensó Lucrecia. Su constitución física distaba mucho de ser atlética, más bien delgado. Poco vello corporal excepto en la zona púbica. Como se había explayado bastante en la inspección y él la miraba de una forma que demostraba claramente que era consciente del examen al que era sometido, empezó a hablar:

¡Uyy! Tu gusanito está un poco encogido. Pero si hace unos instantes estaba en plena forma. Debe ser que te da un poco de vergüenza que te lo esté mirando. Tal vez algo asustado. Así, mala foto tendrás, no es muy adecuada para un ardoroso amante. A ver si podemos arreglar... - tomó su pene entre sus manos y empezó a acariciarlo sabiamente. El efecto no tardó en producirse. Una magnífica erección.

¡Ah! Esto está mejor – tomó la cámara disparó varias instantáneas. Algunos primeros planos. Varios ángulos.

Vamos – lo cogió por el erecto pene y lo condujo hasta la alcoba. Lo empujó para que cayese en la gran cama. Colocó la cámara en posición adecuada y le dio un retardo de diez segundos.

Supongo que quieres alguna foto juntos – le dio un beso en la boca en el momento que disparó la cámara. Había cuidado que la pose fuese explícita y el encuadre mostrase adecuadamente los encantos de ambos.

Rápidamente se quitó el sujetador y dijo:

Venga, un par más que se me vean bien las tetas, que mis buenos euros me cuesta luchar contra la ley de la gravedad y mantenerlas tan derechitas y altas.

Se quitó lo único que le quedaba, las braguitas. Hicieron como unas cuarenta o cincuenta fotos.

Bueno creo que es suficiente –dijo Juan levantándose de la cama- si eres tan amable de ofrecerme una copita... me visto y me voy.

Una copita o dos. Por supuesto. Pero ¿te has visto? ¿Dónde piensas ir así? Llegarás a tu casa caliente como como la pala de un panadero y le dirás a tu mujer “mira cariño he estado con una furcia que me ha puesto a tono y te voy a echar el polvo de tu vida” O ¿irás al wáter y con la luz apagada imaginándote mis tetas, te harás una paja?

Se levantó completamente desnuda, fue hasta el mueble bar y sirvió un generoso coñac y un vodka. Se dirigió hacia él, lo besó en la boca mientras acariciaba con el vaso frío su erecto pene.

A mí no me importa, yo follo varias veces al día casi todos los días. Pero no puedo consentir que te vayas así.

Ven – Lucrecia le indicó haciéndole un guiño, lo arrastró a la alcoba y lo empujó sobre la cama. De forma muy habilidosa acarició su pene. Y le colocó con mucha suavidad el preservativo. Él notó una calurosa oleada de placer y excitado, se colocó encima de ella e intentó penetrarla con no demasiada habilidad.

No, espera. Así no, estás demasiado excitado. No durarás ni tres embates. Tal vez llegues a correrte antes de colocarla... - le dio la vuelta dejándolo tumbado boca arriba. Y ella se puso encima. – mucho mejor. Esta es la posición ideal después de un largo período de abstinencia... Así yo controlo el ritmo.

Acompañó su pene con manos expertas y lo hizo entrar muy despacito. Empezó a moverse muy lentamente, con mucha suavidad.

Hace años que no practico sexo... Estoy muy desentrenado – dijo Juan con una voz casi inaudible.

Bueno, has tenido suerte. Soy una experta muy comprensiva. – ella siguió con sus sosegados y rítmicos movimientos cabalgando sobre él y apagó la luz.

2-TARDE, LLEGO TARDE

Joder, me he dormido – acababa de despertarse y le costó unos instantes ubicarse.

Encendió la luz de la mesita y miró la hora.

Son casi las tres – Notó el cuerpo de Lucrecia a su lado, durmiendo plácidamente. La zarandéó suavemente.

¡Eh! Princesa, despierta por favor. Tengo que irme.

¿Qué pasa? – preguntó ella medio adormilada.

Tengo que volver a mi casa. Son las tres de la madrugada – respondió Juan mientras se dirigía con urgencia al baño.

Vaya, nos hemos quedado bien fritos. Pues tienes un problemilla ¿Qué excusa le vas a contar a tu esposa?

Eso no es un problema. Antes de subir ya la llamé y le dije que no me esperase a cenar, que no sabía a qué hora iba a volver, pero seguro que muy tarde. Problemas urgentes con el trabajo.

Y ¿se lo creyó?

Si, supongo. No es muy habitual, pero ya ha sucedido otras veces y en esos casos era verdad. ¿Dónde está mi ropa?

Por ahí, esparcida por el suelo y el sofá...

¡Ah sí! Ya la veo. – empezó a vestirse torpemente – Oye, ¿podemos quedar esta noche? ¿sobre las siete?

Ella se quedó unos largos momentos pensativa...

Sí... Sí, te reservo hora. Espero que aprecies el detalle. Hoy es uno de mis días libres. Has de saber que tengo mi propio calendario. Cada mes tengo cinco días en los que no trabajo, por norma. Por ti hago una excepción. Pero ¿para hacer más fotos o... para follar?

Fotos. Oye ¿no coincidirán esos días libres con la regla?

Y ¿Qué importa si no vas a querer follar? Pero no, para mi fortuna ya estoy libre de ese engorro. - Verás, se dice y bien cierto es que el español piensa bien, pero piensa tarde. Necesito que la historia no se reduzca a un

encuentro casual, a un rollito de una noche. Tengo que darle un aspecto de continuidad, que parezca que tenemos una aventura desde hace tiempo. Que nos vemos desde hace varios meses.

Eso es complicado. No sé qué podamos retroceder en el tiempo.

Nosotros no. Pero la cámara sí. Solo tengo que cambiar la fecha y las próximas fotos habrán sido hechas hace tres o cuatro meses.

¡Qué espabilado el Humphrey!

La miró con sorpresa.

Vaya, que bien. – y añadió - Pero ahora dependo de ti. Técnicamente, solo tengo una amante y esa eres tú.

No te preocupes. Te follaré, pero no te fallaré. Incluso prepararé una cenita lo más romántica que pueda.

Genial idea. Ahora tengo que irme – se dirigió a la puerta, y ya en el quicio, ella lo sorprendió con un dulce beso.

El día fue muy tedioso. Poco trabajo y rutinario. Se sorprendió a sí mismo mirando el reloj con impaciencia, varias veces. Como de costumbre, su jefe apareció dos o tres breves veces a lo largo del día, planificó sus respectivas agendas y se marchó.

A las seis menos un minuto salió del despacho. Era ya prácticamente de noche y una suave llovizna hacía brillar el asfalto y las aceras. Se trataba de una tarde típica otoñal, de finales de noviembre. Llevaba una gran bolsa de tela ligera. Cerca del despacho entró en una tienda de lencería para el hogar. Escogió unas cortinas grandes aptas para un gran ventanal. De camino hacia el Raval se detuvo en una floristería y compró una hermosa rosa roja.

Se dirigió directamente al apartamento de Lucrecia. Llamó al timbre y al instante la puerta se abrió. Lo primero que vio fue su escultural figura cubierta por un camisón blanco, muy transparente pero discretito, a través del cual se observaba un conjunto negro bonito, pero no excesivamente llamativo.

Observó, agradablemente sorprendido la mesa perfectamente puesta, con todo detalle incluidos dos pequeños candelabros con velitas rojas.

Excelente. Eres muy buena anfitriona. Toma, un pequeño detalle – le entregó la rosa roja que había mantenido oculta a su espalda.

¡Oh! Gracias. Me tratas como a una verdadera dama. Espero que no sea sólo para el *attrezzo* – le dijo Lucrecia.

La duda ofende. Por supuesto que no es para el decorado. Tú no puedes saberlo, por lo que te informo de que soy un hombre muy detallista.
–explico Juan dejando la bolsa en el suelo.

No pensarás mudarte aquí ¿verdad? – interrogó Lucrecia indicando con la vista la voluminosa bolsa.

Oh, no. Son solo unas cortinas que he comprado para casa. Hace tiempo que mi mujer no para de darme la tabarra con que hay que cambiarlas. Así que he visto estas que estaban de oferta y las he comprado...

¿Cortinas? – preguntó Lucrecia, francamente sorprendida.

Si – respondió Juan, corriendo cuidadosamente la cremallera de la bolsa. - Son todas iguales, por lo que te rogaría que no me hagas sacarlas. No sabes lo que ha sufrido la pobre dependienta para meterlas aquí, todas bien plegaditas... Por cierto ¿te importaría guardármelas por una semana o así? Se las quiero regalar a mi esposa por su cumpleaños.

No, por supuesto que no me importa. En el armario de la habitación hay un altillo que prácticamente está vacío. Así que ponte cómodo y tú mismo las colocas allí.

Se quitó el sombrero y la gabardina. Se sentó en el sofá y depositó un sobrecito en la mesilla.

¿Coñac? – preguntó Lucrecia en un tono más afirmativo que interrogativo, pues ya traía una copa en una mano y en la otra algo que parecía un Martini. Se sentó a su lado y de repente, su vista reparó en el sobrecito.

¿Qué es eso? ¿es para mí? – sugirió ella.

Claro. Tus honorarios – repuso Juan con naturalidad.

Tomó el sobrecito y lo abrió. Pudo contar doscientos en billetes de cincuenta.

Vaya, eres un solete de generosidad. Pero es demasiado...

¿Por toda una noche? No estoy muy al tanto de las tarifas, pero creo que es justo.

Sí ¿Por toda la noche? – sorprendida cayó en la cuenta de lo que Juan le acababa de decir – Pero ¿Qué le dirás a tu mujer? ¿no vas a ir a casa

hasta mañana?

Ya tengo un rollito preparado. Para ti ¿representa algún problema?

No, claro que no. Ya te he dicho esta madrugada que hoy es mi día libre.

Más que más. El suplemento de festivo...

¡Qué bobo! – se levantó y subió el termóstato un par de grados – Me da la impresión de que eres un poco friolero y quiero pensar que es por eso que tardas tanto en quitarte la ropa.

Vale. Pillo la indirecta – se levantó y empezó a desnudarse, para quedar solo en calzoncillos. Ella lo miró.

Quítatelos. Tengo un detallito para ti – le entregó un pequeño paquete.

Lo abrió y se encontró con un tanga rojo, erótico, pero no en exceso. Lo examinó.

Muchas gracias. Me parece muy apropiado. Pero no estoy muy acostumbrado. Promete que no te reirás, al menos no mucho.

No olvides que te lo he escogido yo ¿por qué debería reírme?

Ya se lo había puesto mientras hablaban. Dio unos pasos y un par de vueltas, para que pudiese observarlo bien.

Te queda de fábula. Creo que me estoy poniendo más cachonda de lo habitual. Dame la cámara – Le hizo cuatro o cinco fotos, miró el reloj de pared. Eran las siete y media – ¿Horario francés o español?

¿Ehhhh? –mostró Juan su sorpresa.

Para cenar, malpensado. Si quieres comer ahora o a las diez. Si quieres puedes poner la tele, creo que hoy hay partido – le dijo Lucrecia

No me interesa el futbol. Nunca me ha gustado.

Vaya, eres un tipo raro de verdad. Algunos de mis clientes llegan al punto de estar follando y viendo el partido al mismo tiempo.

Pues pienso que son ellos los raros... No, más bien, bastante estúpidos. Vale, pues vamos a cenar y charlamos.

¿Tienes hambre? – Lucrecia se levantó, y él aprovechó para hacerle un

par de fotos desde el sofá. Se quitó el vaporoso camisón.

Siempre. - respondió Juan, mientras hacía varias instantáneas más.

Dame diez minutos para calentar la cena. Menú: ensalada y canelones. Espero que te guste. ¿para beber?

La ensalada no mucho. Los canelones, muchísimo. ¿Tienes cerveza?

Por supuesto – fue a la cocina y regresó con una ensalada en una mano y dos medianas en la otra. Lo colocó todo en la mesa.

Hummm ¿Tienes más cervezas?

Sí, deben quedar seis o siete ¿crees que serán suficientes?

Un poco justas, pero sí, creo que llegarán. – dijo él sonriendo.

También tengo vino y cava.

Empezaron a cenar, durante unos momentos comían y se miraban en silencio. Luego ella empezó a hablar.

Pues, para estar tan desentrenado, anoche lo hiciste aceptablemente bien. Incluso me proporcionaste un orgasmo. No de los mejores, pero más de lo que habitualmente obtengo.

Me lo pareció, pero pensé que estabas actuando...

En nuestra profesión es bastante habitual fingir. Generalmente los clientes entienden la relación en un sentido unidireccional. Ellos deben obtener el máximo placer, pero pocos se preocupan del placer de la mujer. Al fin y al cabo, sólo es una puta.

No creo que tenga que decir que lo mío fue la hostia. Un poco doloroso por la falta de costumbre. Pero, genial.

Se notó, ya lo creo. – lo miró y a continuación dijo – a ver, ponte un momentito de pie. Obedeció, un poco sorprendido. Mostró una poderosa erección que el pequeño tanga rojo apenas podía contener. Ocasión que ella no desperdició para hacer varias fotos. Habían acabado de cenar, lo habían hecho tranquilos, despacio, charlando.

¿Un café? – más que pregunta era afirmación.

Sí, y una copita a ser posible- respondió Juan.

Que sean dos – se puso de pie y empezó a andar hacia la cocina.

Mírame - solicitó Juan. Ella se giró y él le hizo varias fotos. – podrías quitarte el sostén.

Impaciente... mejor cuando vayamos a la cama. Nos lo quitamos todo ¿vale? – observó su mano por encima del tanga, tocando su pene – Eh, cuidado no te vaya a explotar el cohete en la mano. Se sonrojó como un niño pillado robando caramelos y puso las manos sobre la mesa.

No fumo, hace tiempo que lo dejé, pero en este momento un cigarrillo me vendría de perlas. Así tendré las manos, al menos una ocupada ¿no tendrás algún paquete por ahí?

Claro. Y yo también me fumaré uno... o dos. Es la ocasión perfecta. – respondió Lucrecia. Trajo los cafés y mirándolo fijamente se sentó a la mesa. Encendió un pitillo y exhaló una intensa bocanada de humo. Se levantó, abrió una puertecita del mueble y anduvo rebuscando hasta dar con un cenicero.

Degustaron los cafés y las copas, fumaron varios cigarrillos, charlaron... Lo que suele llamarse sobremesa. A las diez y media pasadas, ella se levantó y en un tris recogió la mesa. Se detuvo en la puerta de la alcoba. Lo miró y no dijo nada, pero su expresión no podía ser más clara.

Se quitó el sostén y las bragas, Juan siguió su ejemplo y quedaron ambos completamente desnudos. Se tumbaron en la cama. Ella encendió las luces de las mesitas, quedaba mucho más íntimo. Pero al instante recordó que la cámara necesitaba más luz. Se la dio y le dijo

Venga un par de fotos – colocándose en pose sugerente. Juan tomó varias instantáneas y le pasó la cámara. Ella hizo lo propio.

Y ahora unas cuantas juntos – dijo Juan colocándola adecuadamente y programando diez segundos de retraso. Después de varios disparos, variando las poses, se mostró satisfecho.

Lucrecia pareció buscar algo en la mesilla, pero rápidamente desistió.

Bueno, contigo estoy sobrepasando el cupo de romper mis propias normas.

¿A qué te refieres? – Juan se mostraba intrigado.

¿Quieres hacerlo sin chubasquero? Por mí no te preocupes, soy una puta muy limpia y sana.

Si, por supuesto. Un detallazo, Y no sólo porque es mucho mejor, sino por la confianza que me demuestras.

Conocí a un doctor especializado en ginecología que siempre decía que hacer el amor con preservativo es como comerse un caramelo sin quitarle el envoltorio.

Sabio, el doctor ese... - respondió Juan mientras su mano se deslizaba sobre el vello púbico, perfectamente igualado, mostrando un sensual triángulo. – Vaya, estás mojada. Bastante – observó al acariciar su vagina.

Sí, y tú chorreando - observó Lucrecia.

Juan se quedó pensativo unos instantes y añadió – Antes de empezar ¿Podrías poner el despertador a las siete?

Claro. – apagó la luz y empezó a acariciarlo.

— --- —

Algo ruidoso perturbaba su sueño y no podía identificar el origen. Al final, saliendo de las brumas del sueño, se percató que era el despertador, cuyo sonido le resultaba particularmente extraño.

Se levantó se dirigió al baño, y después llamó por el móvil.

Hola, cariño. Me acabo de despertar. Estuve trabajando muy tarde y me he quedado dormido. Si, aquí en el despacho... No, ya me quedo aquí. Lo siento mucho. Nos vemos...

Lucrecia se estiró en la cama. Oía a Juan hablar y su voz le llegaba lejana, desde un mundo distante. Tal como iba despertando iba entendiendo – Jo, qué pillastre, que buen rollo se ha montado. Y encima lo hace parecer hasta creíble... - pensó.

Apareció en el saloncito completamente desnuda, preguntó en tono casual.

¿Te da tiempo para un pequeño desayuno?

Si... pero no quería despertarte - respondió Juan

Oh, no es molestia alguna Yo también tengo algo de apetito. No me sorprende después de tanto ejercicio ¿Continental o español?

Español – respondió Juan sin titubear.

¿Una francesa y una cerveza? - Propuso Lucrecia - Por ejemplo. Suena genial.

Sin ponerse nada encima se fue a la cocina. No perdió Juan la ocasión de hacer tres o cuatro fotos. Él estaba también completamente desnudo. Pero la calefacción estaba alta y la temperatura era francamente agradable. El suelo de parquet permitía andar descalzo con absoluta comodidad.

3-ENCUENTRO EN LA TERCERA FASE

¿Podría quedarme aquí todo el día? Bueno hasta la seis o así. Contigo – preguntó Juan después de un largo trago de cerveza.

¿Qué? Sí... ¿pero no tienes que ir a trabajar?

Tal vez no – Miró su reloj, las ocho y diez, hizo una llamada con su móvil – Carles, soy yo. Me he levantado muy indispuesto. Creo que la cena me sentó mal... No creo que pueda venir al despacho. Si después se me pasa un poco la diarrea, ya me acercaré. – Lucrecia oyó una voz que no pudo entender, pero le pareció discernir las palabras “no te preocupes” “vale de acuerdo” “no, mejor tómate el día libre” Venga, hombre que te mejores... y ves con cuidado con el pescado” – Colgó.

Todo arreglado, mi jefe piensa que estoy en casa y mi mujer que estoy en el curro.

Genial, así no hace falta que nos vistamos - sonrió ella - ¿O acaso tienes frío?

En absoluto, pero tal vez tu sí. Tus pezones están erectos como puntas de lanza

Oh no, no es frío. Es otra cosa muy distinta. –sonrió ella con picardía.

Vaya, no me dirás que es por mi atractivo cuerpo. Me halagaría mucho... - sonrió Juan.

Pues si tonto. Claro que es por eso.

Cogió la cámara y empezó a manipular los ajustes de fecha.

A ver, las primeras fotos son de fecha real, de noviembre. Ya van bien. Las de anoche son de septiembre, ¿Qué tal si las que hacemos hoy les

ponemos fecha de junio?

Eso implicaría que nuestro romance viene durando aproximadamente cinco meses - calculó ella rápidamente - Esa es la idea ¿no?

Precisamente. -respondió Juan

Se fue ella hacia la cocina, mientras él la observaba - realmente tiene un culo bonito -pensó para sus adentros - Resultón.

Toma - le dijo, ofreciéndole una copa de cerveza - supongo que te apetece. Ves saboreando, que en diez minutos estoy contigo. - y desapareció por la puerta de la alcoba.

No habían transcurrido ni cinco minutos, cuando reapareció ataviada con un corpiño, un tanga breve y transparente y unas medias, todo ello de color rojo. Observó Juan que también se había maquillado ligeramente y había retocado su peinado. Estaba imponente. En la derecha portaba un vaso, supuestamente de vodka con limón, y en la otra el tanga rojo de Juan.

Si él hubiese sabido silbar, habría lanzado uno de campeonato. Se limitó a gritar el "Guauuuu" más sincero y entusiasta que pudo.

Vaya, parece que te gusta la variación. Pero ¿no será demasiado atrevidillo para tu esposa? Por las fotos digo...

No, que va. De recién casados, le compraba algunos de estos y no mostraba ningún reparo. Creo que muy apropiado para dos amantes que quieren volver a su juventud.

Ella sonrió, le pasó el tanga y le hizo unas cuántas fotos mientras se lo ponía, después le puso la cámara. Posó con un estilo propio de una chica Playboy.

Un segundo - se acercó al florero donde tenía la rosa roja y tras examinar el largo tallo y comprobar que no tenía espinas, se la puso en la boca, apretando el verde tallo con sus dientes, al mismo tiempo que colocaba sus brazos en jarras, en una pose sensualmente desafiante.

Juan notó como su pene mojaba el pequeño tanga y salía de su reducida prisión. Pero despreocupándose de ese detalle, no desaprovechó la ocasión para tomar varias fotos,

Vaya, ves con cuidado que se te escapa el pajarito. - sonrió Lucrecia mientras alargaba la mano con intención inequívoca de que le pasase la

cámara.

Creo que este pajarito quiere volar hasta tu nidito – respondió Juan, apartando un poco más el tanga, con el fin de ofrecer una panorámica más amplia.

Pasó lo inevitable. Acabaron en la cama. Juan se quitó el tanga y también la braguita a ella. Empezaron a acariciarse y acabaron haciendo sexo como dos jóvenes adolescentes.

Finalmente, profundamente satisfechos ambos se quedaron dormidos en la gran cama. Ella sólo llevaba puesto el corpiño rojo y las medias. Juan estaba completamente desnudo.

Se despertó él por una urgencia muy natural. De camino al baño miró el reloj. Casi la una de la tarde. Volvió a la alcoba y la miró detenidamente, dormida, con el corpiño rojo ofrecía una imagen realmente excitante. Para su propia sorpresa, notó una notable erección. Pensó para sus adentros “Vaya, parece que estoy en mucha mejor forma de lo que yo mismo pensaba”.

Lucrecia se despertó, y se percató de la detenida observación de Juan. Este se azoró un poco, pero reaccionó diciendo:

Buen día, gentil dama. ¿has quedado satisfecha?

Ciertamente que sí – respondió ella, con una franca sonrisa – Parece que vas recuperando rápidamente la práctica. Vaya con Juan Jacobo... - ¿Ehh? ¿Juan Jacobo? – se extrañó él.

Claro. Juan Jacobo o Giacomo Casanova, el libertino veneciano. No me digas que no te suena.

Sí, ahora sí. Pero creo que me halagas en sobremanera – ríe Juan.

¿Te has visto el pene? Lo tienes otra vez tieso como un cirio – observó Lucrecia – Por cierto, creo que debería preparar algo para comer. Seguro que después de tanto ejercicio tienes tanta o más hambre que yo. ¿ensaladilla rusa y un bistec con patatas fritas?

Vale, genial y por supuesto cerveza, al menos para mí – aceptó Juan.

Ella se levantó y se dirigió a la cocina. Mientras él cogió la cámara, se sentó en el sofá y empezó a revisar las fotos, borrando de tanto alguna que había quedado desenfocada o con mal encuadre.

Lucrecia lo vio cuando venía de la cocina para ir poniendo la mesa y al

comprender que estaba revisándolas, exclamó:

¡Eh! ¡Perverdillo! Espérame y las miramos juntos, que yo también salgo y quiero verme para recordar lo buena que estoy.

¡Oh! Disculpa. Realmente sólo estaba eliminando las que han quedado mal.

Ella sonrió picaronamente y volvió a la cocina. Regresó de inmediato con los platos.

Venga, ven que se enfría la ensaladilla – bromeó.

Se sentó frente a uno de los platos, y mientras ella volvía de la cocina con una cerveza y dos copas, aprovechó para dejar discretamente un sobrecito.

Mis honorarios, supongo – dijo Lucrecia, tomándolo y examinando su contenido. Dos billetes de cien y cuatro de cincuenta – Vaya, sigues siendo muy espléndido. Cuatrocientos...

Tus servicios valen cada uno de esos euros. Y no me refiero solamente a los sexuales. Las comidas, las cenitas, las copitas... todas tus atenciones – puntualizó Juan.

Lucrecia se quedó mirando el dinero de forma extremadamente pensativa y finalmente se decidió a hablar.

¿Sabes? Si no fuese por esto no me costaría nada creer nuestro papel de amantes- agitando los billetes en su diestra y volviendo a colocarlos en el sobre - Es lo más parecido a una aventura romántica que me está sucediendo en muchos años.

Se quedaron mirándose en silencio durante unos largos instantes. Finalmente, como saliendo de un ensueño, Lucrecia se levantó y le dijo:

Haz los cafés si quieres... y pon dos copas de coñac. Generosas. Yo estaré de nuevo contigo en unos minutos – desapareció por la puerta de la alcoba.

¿Coñac también para ti? – se sorprendió Juan.

Sí, necesito algo fuerte - respondió ella desde la habitación.

Juan fue a la cocina y preparo dos cafés de cápsula – menos mal, esto es fácil incluso para mí – pensó.

Los llevó a la mesa y se dirigió al mueble bar donde llenó dos copas
balonas las llevó a la mesa. Se sentó.

No tardó nada en aparecer Lucrecia luciendo un corpiño negro, medias y
braguitas a juego.

¡Vaya! Parece que tienes un extenso vestuario de prendas íntimas.

En la variedad está el gusto, suele decirse. Aprovecha para cambiar la
fecha de tu cámara y hacer algunas fotos – sugirió Lucrecia.

Buena idea - consensuó Juan – Pero mientras cambio la fecha vamos
tomando el café que se nos va a enfriar...

Se acercó y se sentó en la silla. No pudo dejar de observar la vista de
Juan clavada en todo su cuerpo, pero especialmente en sus braguitas.

Como te está gustando toda mi lencería, pero sobre todo mis braguitas
por lo que veo. Son muy prácticas, llevan una apertura en el lugar
adecuado. Así podemos follar sin tengamos que quitarlas – explicó
Lucrecia.

Que buen invento. Sabía que existían, pero nunca había visto ningunas y
mucho menos puestas. Tan bien puestas, debería añadir. – dijo Juan
mientras paladeaba un sorbo de brandy.

Ella levantó su copa y mientras paladeaba un trago, su pie enfundado en
la media se colocó estratégicamente en la entepierna de Juan y empezó a
acariciar sus genitales. Sonrió por la sorpresa, pero evidentemente
complacido por el inesperado masaje.

Vaya, te noto bien dispuesto y en plena forma – afirmó Lucrecia – Creo
que es tiempo de ir a la cama...

Totalmente de acuerdo. Pero antes pon el despertador a las cinco, por
favor. Creo muy posible que nos quedemos fritos después de... - sonrió
Juan.

Se levantó Lucrecia y se dirigió al dormitorio. Juan la siguió.

Empezaron a acariciarse mutuamente, por todas partes. Juan, a través de
la fina tela del corpiño tocaba sus pechos turgentes, y pronto su mano se
dirigió hacia la abertura de sus braguitas...

El sonido del despertador los devolvió a ambos al mundo vigil.

- Podrías quedarte toda la noche. Me encantaría estar contigo. Creo que a
ti también – le decía Lucrecia, mientras se quitaba las medias que habían

sufrido algún pequeño desperfecto y seguidamente se desabrochaba los corchetes del corpiño y con gráciles movimientos se desprendía de la prenda.

Por supuesto, nada me complacería más. Pero... veo algunos problemillas. Dos en concreto: Primero, ya se me acaban las excusas para mi jefe y mi esposa. Segundo, no sé si mi palo podrá mantener la bandera a la altura de las circunstancias...

Vaya. Víctimas de nuestra mutua fogosidad. – dijo Lucrecia mirando en sus medias un par de carreras. - En cuanto a esas cuestiones que calificas como problemillas. Primera: mañana es sábado, no creo que tengas de trabajar y no creo que nos sea complicado inventar un rollito para convencer a tu esposa. ¿no soléis en tu notaria hacer convenciones de fin de semana?

Sí. Es buena idea. Y en ocasiones suele coincidir con estas fechas. Poco antes de Navidad. Creo que puede colar... - afirmó pensativamente Juan.

Y respecto a la segunda cuestión, casi me resulta ofensivo que dudes de mi profesionalidad ¿acaso crees que mi dedicación y mis argucias no serán capaces de poner bien tieso el palo de tu bandera? Y por el tema pecuniario no te preocupes, tu generosidad cubre sobradamente mis honorarios para toda la noche. Si acaso crees que no, pues considérate invitado personal de honor. No es un galardón que yo otorgue fácilmente, así que deberías sentirte muy honrado.

Difícil resistir la tentación con todos esos argumentos. Y cuando la tentación es muy fuerte no queda otra que caer en ella. Acepto sin duda alguna tu invitación – decidió Juan complacido – Lo cierto es que me gusta mucho estar contigo.

Nada más que hablar, pues ¿Qué te apetece de cena? Te sugiero bacalao, me suele quedar muy rico y es fácil de preparar...

Estupendo, me encanta –aseguró Juan, observándola medio tumbada en la cama, girada hacia él.

Ayúdame a quitarme las braguitas – sonrió ella. Me voy a vestir y bajaré a comprar el bacalao - ¿no te importa que sea congelado?

No – respondió y después de quitarle la única prenda que aún llevaba puesta, se levantó y completamente desnudo se dirigió hacia el perchero. Rebuscó en su gabardina y le entregó un billete de cincuenta – Compra algo de cava del bueno, bastante de cerveza... y dos paquetes de cigarrillos.

Compraré eso, por supuesto. Pero eres mi invitado... Guarda ese billete – sonrió Lucrecia.

Precisamente, como buen invitado es costumbre traer algo de bebida o postres. Permíteme insistir – expuso Juan tendiéndole el billete nuevamente.

De acuerdo – aceptó ella – Subo en unos momentos...

Mientras tanto llamaré a mi esposa y le contaré que nos vamos ahora mismo en el coche de mi jefe a Lérída, por una reunión muy urgente con ciertos personajes... Clientes muy importantes. Eso ha sido cierto en un par de ocasiones – le explicó Juan.

Hizo una llamada, ella pudo llegar a oír algo mientras se dirigía a la puerta. Hablo durante unos minutos. Después de colgar se dirigió a la alcoba donde no le costó encontrar el tanga rojo que le había regalado Lucrecia. Se lo puso, procurando adoptar un porte lo más erótico posible, mientras se observaba en el gran espejo del armario empotrado.

Oyó las llaves de la puerta y se dirigió hacia el comedor salita.

Oh. Gran idea. Esto parece telepatía... había tenido esta misma ocurrencia – explicó Lucrecia, mientras depositaba las bolsas de la compra sobre la mesa. – Mira que te he traído, para que tengas variedad tú también.

Le mostró dos tangas muy eróticos, uno verde de lentejuelas y el otro negro.

Que guapos. No sé cuál ponerme primero – dijo Juan. Al observar que ella le tendía el negro rectificó – Ah, ahora ya lo tengo claro. – se quitó el rojo y enseguida lo cambió por el negro. Dio dos vueltas con bastante gracia.

Excelente – aprobó Lucrecia, mientras tomaba la cámara y le hacía varias fotos. En un instante su vestido cayó al suelo. No se había puesto nada debajo, así que mostraba su desnudo cuerpo sin ningún rubor. Se dirigió a la alcoba – Voy a ponerme a la altura. O... mejor primero preparo la cena, no me vaya a manchar.

¿Puedo ayudar? – preguntó Juan.

Sí, coloca el cava en el congelador y ves poniendo la mesa. Trincha un poquito de ajo y perejil. – Respondió ella.

Que bien. Cuando le pregunto eso a mi mujer la respuesta siempre es la misma “Claro, sal de la cocina y ponte a ver la tele” – ironizó él, con la mirada fija en su figura, que ella exhibía tal como su madre la trajo al mundo, con complacida insistencia. “estoy cada vez más convencido de

que mi elección no ha podido ser más acertada" pensó. Vio los candelabros con el resto de velas rojas y los llevó a la mesa.

¿Tienes más velitas? – indagó Juan.

Sí, he comprado varias en el mismo sitio donde los tangas. Una todería de chinos en la esquina. Busca en alguna de las bolsas – le respondió Lucrecia desde la cocina.

Bueno, esto ya está. Ves poniendo los platos, que vengo enseguida antes de que se enfríe el bacalao. – Se dirigió a la alcoba y en breves minutos reapareció con un corpiño esta vez blanco complementado con unas medias de fantasía. Y unas transparentes, breves braguitas, también blancas.

Como Juan ya intuía la sorpresa estaba con la cámara preparada y se explayó haciendo fotos. Ella lo permitió con una amplia sonrisa y efectuando varias poses distintas.

Vaya – observó – Creo adivinar a través del tanga una notable erección.

Juan miró y pudo confirmar el hecho.

Espero poder mantener el pabellón bien alto. – sonrió él – De momento, la "mise en scène" no puede ser más prometedora.

Claro bobo. Tranquilo, el peor enemigo del sexo son los nervios o la inseguridad – Lucrecia se sentó mientras decía esto. – Ven...

Se sentaron a la mesa, Juan descorchó la botella de cava y llenó las copas. Empezaron a comer con buen apetito después de brindar.

Por una tarde de buen sexo - dijo Lucrecia chocando su copa con la de Juan – Sobre todo para ti.

¿Sólo para mí? – se sorprendió él - ¿y tú?

Yo hago el amor sin cansarme, siempre me apetece follar, los míos son en general muy buenos polvos. –sonrió ella de manera muy elocuente.

¿Café y copa? – afirmó más que preguntó Juan cuando acabaron de comer, levantándose y dirigiéndose a la cocina.

No, yo no quiero nada – respondió Lucrecia al tiempo que lo miraba sonriendo picarescamente - ¡Es broma! Claro que sí... y vale, tomaré brandy de nuevo. Me estoy aficionando.

Cuando volvía Juan de la cocina con los dos cafés, ella observó cómo su pene erecto escapaba parcialmente de la prisión del tanga negro, de manera que no dejó escapar la ocasión de hacerle varias fotos. Y otras más cuando él se aproximó al mueble bar y le ofreció una amplia panorámica de su trasero.

Buen culo, a fe mía. – comentó jocosamente Lucrecia – Y te puedo garantizar que he visto muchos de hombres y bastantes de mujeres.

Gracias por el halago, pero a mí particularmente me gusta mucho más el tuyo - respondió Juan, mientras volvía a la mesa con ambas copas en la mano.

Tomaron el café y paladearon las copas lentamente, mirándose en un largo silencio.

Como parece ser que no tenemos muchas ganas de hablar, creo que lo mejor que podemos hacer es ir a la cama – incitó sensualmente Lucrecia.

Tumbados en la cama se acariciaron mutuamente durante mucho rato, antes de que Juan se colocase encima de ella y la penetrase lentamente, controlando sus movimientos.

- ____ -

Lucrecia se despertó, miró el reloj y observó que eran las diez pasadas. Se levantó procurando no hacer ruido y se dirigió a la pequeña cocina, empezando a preparar algo para cenar. Llevaba aún puesto el corpiño blanco y las medias, sólo se había quitado las braguitas antes de su encuentro sexual. Y no se las había vuelto a poner. Preparó unos canelones congelados y un plato de entrantes. Dispuso la mesa y cuando todo estuvo preparado se dirigió a la alcoba y despertó a Juan con suaves caricias y besitos.

Venga dormilón. La cena nos espera y... se nos va a enfriar.

Se levantó Juan y se despejó más rápidamente de lo que él mismo esperaba. Fue al lavabo y seguidamente se sentó a la mesa. Paladeó un largo trago de cerveza y cuando Lucrecia se sentó enfrente, empezaron ambos a comer.

Espera un segundo – dijo ella de manera imprevista. Se levantó y apagó la luz del salón comedor.

Ah. Gran idea, mucho mejor así - aprobó Juan al observar la tenue iluminación de las velas – Mucho más íntima y romántica.

Se sentía el amo del Universo. Podía coger el infinito entre sus dientes y retenerlo eternamente.

¿Qué te pasa? ¿No tienes hambre? – se sorprendió Lucrecia al ver que Juan encendía un cigarrillo, dejando de comer.

No, nada de eso. Solamente una pequeña pausa. Quiero prolongar estos idílicos instantes...

Ella no dijo nada lo miró fijamente a los ojos y desviando su atención del plato, lo imitó encendiendo otro pitillo.

Eres todo un poeta – se maravilló ella, sobre todo al recordar la brusca presentación de Juan cuando la abordó en la calle. – Quién habría podido pensarlo del Humphrey que hace poco tiempo, me sorprendió en la calle preguntando “¿eres una puta?

La vida es cambio. Todo movimiento implica variación. Es ley universal y yo no escapo a ella.

Vaya. Nunca podría haber sospechado esa vena filosófica en ti. – expuso – Jamás dejas de sorprenderme.

Nunca pienses que soy tan lerdo que ni siquiera se tratar de forma adecuada a verdadera una dama – respondió él exhalando una larga bocanada de humo.

Ya, veo ya. Y cierto que me haces sentir como una dama. – Lucrecia se levantó y fue a la habitación y pareció rebuscar algo en la mesilla de noche. De regreso pasó por la nevera y trajo una botella de cava y dos copas.

Cuando acabemos de cenar, tómate esto – le dio una pastilla blanca.

¿Qué es? – preguntó Juan con cierta sorpresa.

Cialis, es mucho más efectivo que la viagra y no tiene prácticamente efectos secundarios. Ya verás que polvo vamos a echar, y que corrida nos espera – sonrió Lucrecia pícaramente.

Vaya, había oído hablar ¿quién no?, de la viagra, la famosa pastilla azul. Pero no de... ¿Cialis? – se sorprendió Juan. Llenó su copa de cerveza y se dispuso a tomársela.

Espera al café, mejor – Sugirió Lucrecia – La pastilla tarda de tres cuartos a una hora en hacer efecto. Son apenas las once ¿no quieres acabar de

cenar relajado y hacer un poco de sobremesa?

Tienes razón. Por supuesto, un poco de charla es buena idea... - concordó Juan, bebiendo un largo trago, pero dejando la píldora a un lado.

Toma ponte esto – respondió Lucrecia, agachándose y mirando la desnuda entrepierna de Juan, mientras le daba el tanga verde de lentejuelas – no se te vaya a resfriar, me parece ver que tienes un poco de rocío en el capullo.

Se puso en pie, se colocó la pequeña prenda y posó para varias fotos. Aprovechó para descorchar la botella de cava y servir las copas. Tomó la suya para brindar.

Por ese polvazo sublime, que ya estoy paladeando...

Estamos... - corrigió Lucrecia. Chocó su copa con la de Juan y degustó un sorbito. Probó un bocado y notó que los canelones estaban completamente fríos – Oh, entre el cigarrillo y la charla, la comida se nos ha quedado helada... un momento, que lo paso por el micro.

Juan encendió otro cigarrillo, se levantó mientras ella se dirigía a la cocina. Se acercó al gran ventanal de cuarterones y a través de los cristales miró pensativamente la calle. Llovía suavemente y en los cristales resbalaban como lágrimas unas cuantas gotas. Estaban altos, el apartamento era un cuarto piso. Apenas podía divisar las figuras de los pocos transeúntes, bajo sus paraguas.

Venga esto ya está – oyó la voz de Lucrecia a su espalda. Al girarse pudo observar que había aprovechado para cambiar su indumentaria. Se había puesto el conjunto rojo y negro que llevaba en su primer encuentro, atrevido y muy provocativo. Medias, liguero, braguitas y sostén. Dejó los platos encima de la mesa y con un habilidoso movimiento se quitó las diminutas bragas y se las tiró a Juan, que las recogió al vuelo.

Me dado cuenta de que te gusta mi vello púbico. Obsérvalo a placer... aún en esta semi penumbra. Pero ahora nada de fotos que son demasiado pícaras...

Juan se quedó mirando con descaro la entrepierna de Lucrecia. Notó como una cálida oleada de placer subía desde sus genitales. Ella permitió la observación, sin sentirse molesta ni incómoda.

Se te está calentando la polla, pero la comida se volverá a enfriar - finalmente se sentó, tomó un sorbo de su copa y siguió comiendo.

Siguieron comiendo en silencio. De repente Juan recordó algo, se tomó la pastilla acompañándola de un trago de cerveza. Tenía la vista fija en sus

opulentas tetas que pugnaban por escapar de la estrecha prisión del sostén. Eran casi las doce cuando acabando de cenar, Lucrecia preguntó:

¿Café, copita y pitillo? – sin esperar respuesta encendió un cigarrillo y tras exhalar una bocanada de humo se levantó y se lo puso a Juan entre los labios.

Tomaron copa, café y fumaron. Hablaban poco, pero se miraban mucho. Juan sonrió

Creo que esto funciona – dijo señalando su entrepierna. El breve tanga no podía contener tamaña erección y su pene escapaba, por un lado - Será mejor que vayamos a la cama que a lo peor me paso de vueltas...

Lucrecia sopló, apagando las velitas y dio la luz. Una vez en la cama, lentamente le quitó el tanga y su boca empezó a acariciar el pene erecto de Juan. Pero desistió al instante.

Vaya, quería animarte un poco, pero ya veo que es totalmente innecesario. A menos que te apetezca variar un poco y quieres correrte así... con la boca.

No, no. Prefiero una penetración con todas las de la ley. – se colocó encima de ella y empezó a prodigarle caricias.

- ____ -

Lucrecia abrió los ojos y observó que él, recostado de lado en la cama la estaba mirando como un gato que se relame. Miró la hora. Eran casi las doce del mediodía. Sonrió

Vaya con el semental. Estuviste muy pero que muy inspirado. Aguantaste mucho rato y me has dejado el coño lleno de tu semen. No sólo el coño. Mira – se apartó un poco para que pudiese ver los restos de su corrida encima de la sábana – vaya inundación.

Estas pastillitas son geniales. Tardé bastante en llegar al clímax, pero fue muy fuerte. Espero que te complaciese mi lentitud.

Ni te lo imaginas – ella río de buena gana, y cogiéndole su pene con la mano – Pero no te equivoques. El sexo no está en la polla realmente, sino aquí – le dio un beso en la frente.

¿Ehh? ¿qué quieres decir? – exclamó Juan con franca sorpresa – Yo creo que, sin la pastillita milagrosa, ese estimulante sexual...

A eso quiero llegar precisamente, no hay tal pastilla lo que te di anoche no era más que una gragea de clorato de potasio, que como mucho te aclara

la garganta.

Pero... ¡que cabrona! Y si llego a fallar como una escopeta de feria...

Nada de eso sucedió. Estuviste muy a la altura. Me hiciste gozar tanto que hasta olvidé que soy una puta y tuve tres muy buenos orgasmos. Y si tardaste tanto en correrte, cosa que agradezco pues me dejaste muy contenta y satisfecha, fue algo muy normal después del ritmo que llevas... llevamos. Todo muy natural.

Que bien. Estoy muy contento, aparte de sorprendido de mi potencia sexual. Aunque hay que reconocer tu mérito. Tus buenas artes en la cama han tenido mucho que ver.

Voy a preparar algo de comer. Supongo que tendrás como mínimo, tanta hambre como yo.

Supones bien – repuso Juan.

4-TRES DÍAS ANTES: LA NOTARIA

Insisto en que es muy peligroso. Me pones en un terrible aprieto.

Vamos, hombre ¿quién va a sospechar de un notario vulgar y corriente? Nadie puede relacionarnos. Además, sacarás una buena tajada. Estoy autorizado a darte un cinco por ciento.

Hum... Eso serán aproximadamente ciento cincuenta mil. Generoso por sólo guardarlo unos cuantos días. Por qué será por poco tiempo. ¿no?

Diez días, quince a lo sumo. Luego desaparecerá.

De acuerdo. Podemos ocultarlo en el cuarto de archivos, entre las toneladas de papelajos que hay allí.

¿Y en la caja fuerte?

Allí es donde siempre se mira primero. ¿has leído "la carta robada" de E.A Poe?

Claro. Sí, es buena idea. Unas cajas de cartón atadas con un cordel, unos cuantos papeles por encima ¡El escondite perfecto! ¿Y Roberto, tu pasante?

Bah no hay que preocuparse. Entre medio tonto que es y medio sordo que está, no se entera de nada. Además, seguro que se ha quedado dormido,

como siempre.

Craso error por parte de los dos hombres. Roberto, al oír la voz de su jefe conversando sigilosamente con otra voz desconocida, abandonó la dura tarea de acabar el solitario y aguzó su oído, mucho más fino de lo que el notario suponía. Y captó perfectamente la conversación. Tampoco era ni la mitad de tonto de lo que suponían y tal como sospechaba desde tiempo atrás, aquí había más de un chanchullo. Siguió escuchando.

Mañana tiene que llegar un pedido de papel de fotocopidora. Si lo hacemos bien, puede llegar también el dinero. Puedo hacer que el repartidor pase a buscar algunos paquetes por la delegación. Papeles para archivo notarial. Es bastante frecuente que aproveche el viaje de la furgoneta para recoger otras cosas.

Dime la hora y lo tendré dispuesto. Pero ¿seguro que Roberto no....?

Ni siquiera tiene llave del cuarto de archivo. Aparte, él aún no lo sabe, pero a final de mes lo echo a la calle.

Venga, vamos al bar a tomar unas cañas.

Al oír cerrarse la puerta, Roberto se quedó pensativo. Miró el reloj. Las cinco menos diez. Registró rápidamente el escritorio de su jefe, encontró un manojo de llaves, las probó hasta dar con la de la puerta del cuarto de archivos. Las cinco y cinco. Bajó rápidamente a la ferretería de la esquina, cuidando de no pasar por delante del bar donde pensaba estarían los dos hombres.

Las cinco y veinte. Ya tenía la copia de la llave. Restituyó el original en su lugar y se sentó en su pomposamente llamado despacho y acabó tranquilamente su solitario. A las seis en punto cogió su gabardina y su sombrero y bajó, pasando con su andar típico, lento y cabizbajo por delante del bar. Se sintió observado y no se equivocaba. Su jefe y el otro hombre miraban como cruzaba, como cada día laborable a las seis y cinco en dirección al metro.

Pero no fue hacia su casa como era lo habitual. Se dirigió hacia Port Olímpic. Recordaba haber visto tiempo atrás una "la tienda del espía" cerca del hotel de las Arts.

Después de mucho rato de preguntar, hasta colmar la casi infinita paciencia del dependiente, se decidió por una disimulada cámara-micrófono espía GSM, después de asegurarse que podía ver y escuchar y grabar todo a través de un móvil que también había elegido asesorado por el dependiente con vocación de Job. No era la última tecnología, pero realmente sería útil para sus propósitos. Tampoco resultó nada barato, casi quinientos. Su primera intención fue pagar con tarjeta de crédito,

pero tras meditarlo unos instantes pensó que lo más seguro sería el efectivo.

Disculpe ¿hay alguna oficina o cajero del Banco Sabadell por aquí cerca?

Si, a unos doscientos metros saliendo a la izquierda – le respondió el dependiente. - Gracias. Guárdeme la compra. Vuelvo en unos minutos.

Al verle reaparecer, el vendedor no pudo ocultar una leve expresión de sorpresa. Sin duda había creído que no quería su compra y que lo del cajero no era más que una excusa. Solía pasar con más frecuencia de la deseada.

5-COMIENDO CON LA COMPI

¡Y una mierda!

Klara se sobresaltó y observó a su colega e íntima amiga Lucrecia. Siguió su mirada y prestó atención al informativo.

“Un hombre, identificado como Roberto Alazar, ha resultado herido gravemente en un accidente automovilístico. Lo insólito del caso es que el vehículo causante del atropello es una ambulancia, que lo ha trasladado hasta el centro hospitalario más próximo, donde ha ingresado ya cadáver. Debido a las graves heridas producidas, nada se ha podido hacer por su vida. Las declaraciones del conductor, visiblemente afectado, afirman que cruzó el semáforo en rojo, sin mirar, arrastrando un carrito de la compra y que parecía tener mucha prisa...” - Una mierda ¿Por qué? – preguntó Klara, dejando de comer.

Conozco a ese hombre. Es... era un cliente ocasional. No ha sido un accidente, ha sido un asesinato.

¿Cómo lo puedes saber?

Mi intuición. No me suele fallar. Ese tío no pasaría un semáforo en rojo, sin mirar. Lo sé.

Vale, lo sabes ¿y qué harás ahora? ¿ir a la pasma, para contarles tu intuición?

No estoy loca. No me creerían y tendría que responder demasiadas preguntas indiscretas. No, ni hablar. Siento mucho lo que le ha pasado a Juan, bueno ahora sé que su verdadero nombre es Roberto. Aunque lo he tratado poco, sé que es... era buena gente. No es ese tipo de bastardos que suelen follarnos habitualmente. Pero no haré nada. Solamente te lo

comento a ti, como mi mejor amiga que eres.

Es un tío de lo más raro. En nuestro primer encuentro me dijo explícitamente que no quería follar...

¿Raro? Muy raro. Entonces ¿Qué quería? ¿o será un pervertido fetichista?

No – Lucrecia le explicó todo el asunto de las fotos, y la historia de los celos.

Así que no follasteis.

Bueno, en realidad sí. ¿quién puede aguantar después de un pase así...? - Claro. Ni siendo de piedra.

Siguieron cenando. Era un restaurante sencillo pero los menús eran buenos, variados y baratos. Solían ir juntas a comer y a cenar.

Lucrecia ¿Qué tal te va cambio de apartamento pasado mañana?

Bien, ningún problema. No tengo nada en la agenda. Y aún que así fuese tampoco tiene importancia. A todos nos gusta la variación.

Una práctica habitual entre ellas. Determinados clientes necesitaban un cambio de ambiente y solían intercambiar sus apartamentos, como otras amigas intercambiarían sus bragas.

Bueno - dijo al cabo de un rato Lucrecia – me voy a retirar pronto. Como sabes hoy es mi día "libre" y he estado limpiando el apartamento y la verdad es que estoy un poco cansada. - Vale, yo me daré una vuelta a ver si me encuentro algún cliente.

Se levantaron, pagaron la cena y se dieron las buenas noches.

6-TIEMPO DE FANTASMAS

¡Cabrón! ¿quieres matarme de un susto? – gritó Lucrecia, pálida como una estatua de alabastro.

– Estás muerto... Lo he visto por el noticiario de esta noche hace apenas dos horas.

¿Tú te crees todo lo que dice la tele? No soy ningún fantasma. Estoy vivo y bien vivo, pero necesito una copa con urgencia ¿puedo pasar?

Ella reaccionó lentamente de su sorpresa y azorada respondió:

Sí, claro. Entra ¿coñac?

Por supuesto. –afirmó Juan, actualmente Roberto.

Me prepararé otro doble para mí. Aún me tiemblan las piernas.

Él se sentó en el sofá. La observó venir, tomó la copa que le tendía y le dio un largo trago.

Bueno, creo que son necesarias ciertas explicaciones. Estoy vivo, cierto, pero por puro milagro. Han intentado asesinarme. No sé quién, ni porqué, pero en estos momentos estoy en grave peligro. Si ciertos indeseables me localizan no tardaré nada en ocupar una plaza en la morgue. Por ello preciso desesperadamente de tu ayuda. Tienes que ocultarme un cierto tiempo. Por supuesto aparte de salvarme la vida, esto será una transacción económica.

Sacó de su cartera un fajo de billetes de cien y de cincuenta y los dispuso en la mesita en forma de abanico. Ella los contó con ojo experto. Posiblemente unos mil.

¿Has atracado un banco? – lo miró ella con expresión de asombro.

No, he hecho algo mucho más honesto. - repuso Juan.

Vaya, don Misterio sigue con la mala costumbre de dar difusas explicaciones.

No es bueno para tu salud que sepas demasiado. Ya sabes... la curiosidad mató al gato. – la miró directo a los ojos - ¿hay trato?

Ehhh, bueno sí, pero ¿no me contarás nada más? – la intriga de Lucrecia crecía a cada instante.

Todo en su momento. Ahora quizá debamos cenar algo, tengo un hambre de lobo.

¿Te valen unas pizzas?

Sí, y cerveza a poder ser.

Pues voy a bajar un momento al súper de la esquina ¿alguna marca especial?

Litrona. –dijo él sonriendo.

¿Eh? ¡Ah, vale! No te preocupes, saben que suelo ser muy buena anfitriona con mis clientes.

Excelente. He sido muy prudente, ocultándome en las sombras y prescindiendo de mis queridos sombrero y gabardina, para llegar aquí. Es muy importante para nuestra seguridad que nadie sepa dónde estoy y sobre todo que no nos relacione.

¿Nuestra?

Si. Lo siento mucho, pero estás involucrada desde que abriste la puerta. De todos modos, por la cuenta que me trae, me ocuparé muy seriamente de nuestra seguridad.

Claro. Ahora vuelvo – se puso un vestido pues estaba en ropa interior, sólo con un negligé no apto para salir a la calle. Cogió el bolso – Llevo las llaves. No espero ningún cliente, así que no abras a nadie.

No tardó ni diez minutos en regresar con dos pizzas, algo de queso y tres cervezas.

Bien, señor Roberto Alazar, en unos momentos tendremos nuestra romántica cena lista ¡Oh! Vaya, he olvidado las velitas.

Juan sonrió, sacó el paquete de cigarrillos, y encendió uno.

Vaya, no sabía que sigues fumando - Ella le miró con cierta sorpresa.

Solo en circunstancias especiales. Sobre todo, después de las resurrecciones.

Entiendo Y ¿tu querido sombrero?

En el depósito de cadáveres del clínico, junto con mis otras cosas y... mi fiambre.

Ya ¿y el carrito de la compra que llevabas cuando fuiste atropellado?

¿Qué carrito? No recuerdo ningún carrito de compra. –respondió Juan con cara de santurrón.

Mientes fatal. Anda dame un pitillo.

¿Tú también sigues fumando?

Olvidas mi profesión. Alguien hace chistes de putas llamándolas señoras que fuman.

Sonrió y le lanzó el paquete, después el mechero. Tomó ambos al vuelo, extrajo un cigarrillo y lo prendió. Lanzó una larga bocanada de humo. Se dirigió a la pequeña cocina y regresó con las pizzas, unas copas y una botella de cerveza. Por el camino, en algún momento había perdido su vestido de modo que sólo llevaba su picaresco negligé.

Como los muertos no suelen hacer fotografías, supongo que no te importará que lleve puesto algo tan provocativo – dijo, sonriendo.

No, por supuesto. Estás genial. ¿Cuánto sueles ganar al día?

Lucrecia pareció sorprendida por la pregunta, pero respondió:

Los días muy buenos unos cuatrocientos. De promedio doscientos cincuenta, ¿Por qué preguntas eso? ¿Acaso piensas pedirme un préstamo?

No. Todo lo contrario- respondió Juan - Te necesito a tiempo completo durante unos diez días, tal vez más. Estoy calculando tus honorarios. A ver diez días a, digamos quinientos diarios...- sacó un grueso fajo de billetes del bolsillo de su cazadora oscura, contó – unos siete mil.

Depositó la cantidad en la mesita, en valores de quinientos, cien y cincuenta. Ella lo observó con manifiesto asombro para comentar

Me encantan tus matemáticas. Cancelaré todos mis compromisos y avisaré a Klara.

¿Klara? ¿quién es esa? - preguntó Roberto, sorprendido

Una compañera de curro y sobretodo mi mejor amiga. Si no nos vemos, como casi cada día se preocupará. No te inquietes, le daré cualquier excusa que suene veraz.

Confías mucho en tu amiga ¿no?

Con los ojos cerrados. Te contaré una breve historia. Sabes que nuestro oficio es peligroso. Como mujer precavida llevo siempre conmigo en el bolso un spray de gas pimienta. Hace unos diez años volvía del trabajo cuando vi a un hijoputa en un callejón acorralando a una chica, posiblemente con ánimo de robarla o alguna otra cosa infame. Enseguida comprendí que era una colega. Me planté a su espalda y le grité - ¡eh malnacido! - Sólo girarse recibió una generosa dosis de gas en sus ojos. Antes de que pudiese reaccionar, le aseste una fuerte patada allí donde más os duele a los tíos. Cayó redondo al suelo, yo tomé la mano de Klara,

ya habrás adivinado que ella era la chica y salimos las dos de estampida. Desde ese momento nos hicimos más que amigas. Al extremo de que más de una vez hemos hecho un trío... siempre dentro de lo profesional. No vayas a pensar que somos lesbis ni nada de eso... aunque tampoco me importaría.

Bucólica historia.

Ahora a cenar que se enfría la pizza y se calienta la cerveza.

Se sentaron ambos a la mesa y Roberto empezó a devorar. Ciertamente tenía hambre. Lucrecia también comía, pero más pausadamente. Más que nada por acompañarle, pues había cenado bien, apenas dos horas antes.

Por cierto, ya sabes mi verdadero nombre. Creo que debería saber el tuyo.

Tienes razón. Me llamo Tascia.

Raro. Inusual, pero bonito. Me gusta más que tu nombre de guerra. Bastante más – enfatizó Juan.

Realmente es Anastasia, pero es demasiado largo. La aféresis queda más disimulada... Creo.

Ciertamente. Y con un poco de imaginación casi suena extranjero – a Juan no dejó de sorprenderle que en su vocabulario apareciese esa palabra de cuyo significado él no sabía nada. Finalmente decidió confesar su ignorancia y preguntó:

Disculpa ¿Qué quiere decir aféresis?

Es cuando se acorta un nombre – respondió Tascia.

Creía que eso se denomina apócope – objetó Roberto.

Sí, pero eso es cuando el nombre se corta por la parte de atrás. Aféresis es cuando se acorta por delante, como es el caso. Un apócope tuyo sería Rob. En cualquier caso, se trataría de hipocorísticos o sea apelativos cariñosos - explicó Tascia

Roberto meditó para sus adentros “vaya, no pensaba que fuese tan culta”.

Bueno, creo que es hora de acostarse, al menos para mí. - miró hacia el sofá. – Parece muy cómodo, podría dormir aquí...

Creo que tienes un problema conceptual. Sofá: mueble principalmente pensado para sentarse, charlar, ver la tele, comer palomitas. Cama: Lugar adecuado para acostarse bien para dormir o para follar. Si sólo quieres dormir, hazlo, pero en el lugar adecuado

Bueno, es que estoy muy cansado, pero si estamos juntos pasará lo inevitable... - repuso pensativamente Roberto.

Y ¿Qué problema representa? Es uno de mis días libres, sí, pero esa norma ya está caducada... contigo. Y por lo demás, tu mujer es oficialmente viuda.

Mientras Lucrecia, actualmente Tascia, recogía la mesa, completamente desnuda comentó de la forma más casual posible:

Ehhh, mañana habrá un pequeño cambio. Estarás con Klara- viendo su sorprendida expresión, matizó – Cambio de apartamento. Hay determinado tipo que se empeña en verla y ella no está de acuerdo. Así que vendrá aquí y estará contigo. Yo mientras estaré en su nidito. Tal vez allí atienda a algún cliente. Solemos hacer este tipo de cambios frecuentemente.

¿Y si aparece ese tipo?

Ningún problema. Ya lo conozco y no siente ningún interés por mí.

¿Todo tan simple? Que atiendas algún cliente, no me importa, pero no estoy seguro de que estés manteniendo las reglas del trato.

¡Oh! Solo será un día. Además, Klara es bastante mejor cocinera que yo. Y te garantizo que tu secreto está completamente a salvo con ella.

No, no me molesta para nada el cambio, pero cuanta menos personas sepan que estoy aquí escondido... Hummm. Un viejo dicho afirma "tres personas pueden guardar un secreto, siempre y cuando, dos de ellas estén muertas" – dijo Roberto.

Si es eso lo único que te inquieta, puedes estar seguro de que no es el caso.

7-CAMBIANDO DE PUTA

Serían las diez de la mañana. Haría como una hora que Tascia se había ido. Llamaron al timbre. Supuso que sería Klara. Efectivamente era ella.

Hola – dijo en tono jovial – Tú eres el resucitado. Tengo llaves, pero he preferido parecer educada y por eso he llamado. – lo observó de arriba abajo. Roberto sólo llevaba puestos los calzoncillos - Vaya, no me extraña

que Lucrecia te considere un cliente VIP.

Hola – respondió Roberto, mientras la miraba con todo descaro. Era bastante más joven que Lucrecia y mucho más exuberante. Llevaba una corta faldita y una blusa muy escotada que dejaba poco o nada a la imaginación. Su larga cabellera pelirroja parecía llamear como si fuese fuego. Sus rasgos atractivos, eran casi exóticos. Vaya, pensó para sus adentros, aquí sí tenemos una auténtica puta.

Con desparpajo se dirigió hacia el mueble bar y se preparó un cubata.

¿Quieres algo? ¿Un coñac, tal vez? –ofreció.

Err, algo más suave tal vez. Aunque ya hemos desayunado, es un poco pronto. Al menos para mí. Tal vez mejor una cerveza.

Ella fue directa a la cocina y se la trajo, ya servida en copa.

Ufff, hace calor aquí. La calefacción está muy alta para mí. ¿te importa si me pongo cómoda? - Claro que no. Estás en tu casa...

Antes de acabar de pronunciar la frase, ella ya se había descalzado, quitado la falda y se estaba desabrochando la blusa. Llevaba una combinación muy provocativa.

Se sentó en el sofá y lanzó una nada discreta mirada al paquete de Roberto que permitía adivinar una buena erección. Él, para disimular su azoramiento tomó un largo trago de su cerveza y se sentó a su lado.

No sé si puedo confiar en ti. Pero el hecho es que no me queda más remedio.

Pero ¿por quién me tomas? Por supuesto que puedes confiar en mí. Debes hacerlo.

Perdona mis reminiscencias, pero el asunto es extremadamente serio. Está en peligro mi vida, la de Tascia y... ahora la tuya.

Somos putas, pero no idiotas. No menosprecies nunca el sentido común y la picardía de una mujer. Y mucho menos si llevan tiempo haciendo la calle ¿crees que nuestro oficio no es peligroso?

Disculpa si mis palabras te han ofendido. Pero no tenía prevista tu aparición en escena. Esto me rompe un poco los esquemas. – tomó otro trago y apuró la cerveza.

Klara se levantó sin decir nada y le cogió la copa de la mano. Fue hacia la cocina, luciendo con un contoneo sensual su hermosa retaguardia. Se la

devolvió llena.

Gracias – pareció reflexionar profundamente unos instantes – No sé hasta qué punto estás al tanto de mi historia. Es posible que te cuente cosas que ya sabes o que omita otras que deberías saber. Si algo no queda claro, pregunta...

Bueno –le interrumpió – Sé la historia de las fotos, de tu mujer, que por cierto no me acabo de tragar...

¿Por qué? Si es cierta – se defendió Roberto.

A ver... “sólo quiero hacer unas fotos para poner celosa a mi esposa. No quiero follar” - expuso Klara - Pero acabáis encamados.

Puedo resistir cierta tensión, pero tampoco soy un santo. Además, Lucr... Tascia cuando quiere es muy convincente. Soy un hombre.

Sí, ya he podido comprobar cierta reacción muy masculina sólo entrar.

No estoy tan muerto. – rio Roberto.

Pero ¿de verdad pensabas que todo iba a quedar ahí? Unas fotos en pelotas o en lencería íntima, sabías que se te pondría el pito tieso. Que tenía que ponerse, aunque sólo fuera para dar veracidad a tu reportaje fotográfico.

Sí. Aquí tuve un importante fallo de cálculo. No pensé que Tascia se tomase tan en serio su trabajo. Dinero fácil, pase de modelitos unas cuantas fotos y poco trabajo. Para qué follar, si no le pagaban por ello.

Evidentemente, una falsa presunción basada en tu experiencia matrimonial. Como vosotros no tenéis motivación para hacer el amor, piensas que a todo el mundo le pasa. Pero a Tascia y a mí nos gusta nuestro trabajo. Nos encanta follar. Lo nuestro podría decirse que es vocacional. Pero a la segunda ya te echaste al ruedo.

Imposible evitarlo. ¿Qué más sabes?

Lo del carrito de compra, ese que no recuerdas. ¿Dónde está? –apuntó Klara.

No tengo ni idea – contestó Roberto poniendo cara digna de la inocencia personificada.

Vaya, realmente asombroso. - concedió Klara - ¿Cómo es que tu esposa

no hace la compra?

Si. Sí que la hace. Pero a mí me gusta comprar. Y nos repartimos. Es que ella no me compra cerveza.

Klara se levantó diciendo:

Voy preparar la comida. ¿Qué te apetece?

Tortilla de patatas. Algo de jamón y queso como entrante y para beber cerveza

Ah, veo que no eres nada complicado para comer – comentó Klara.

Klara... -comentó Roberto – Supongo que ese será el nombre de guerra.

Supones bien – respondió ella – En realidad me llamo Nilda... De Brunilda. Fue Tascia la que propuso acortarlo utilizando ¿Cómo lo dijo? Aterenis o algo así...

Aféresis - corrigió Roberto.

Mientras ella se dirigía a la cocina, se levantó y rebuscó en el cajoncito del mueble donde él y Tascia habían guardado la cámara de fotos. La pastilla no estaba puesta, claro.

Que ¿recordando buenos momentos?

Sí, en efecto. Estas son las pocas de la memoria interna de la cámara y no las habíamos visto.

¿Podríamos verlas juntos? Quiero decir tú y yo - preguntó Nilda

¿Uhhh? Eres muy curiosilla. Estoy es muy íntimo...

Vamos no me salgas remilgado a estas alturas. Tascia y yo nos hemos visto todo lo que nos podemos ver. Y no siempre solas... supongo que ya estás al tanto de eso. Y en cuanto a ti ahora te estoy viendo casi desnudo. - con atrevido desparpajo se sentó a su lado y le pasó la mano por encima del hombro – A ver... Un segundo, que apago el fuego, no se nos vaya a quemar la tortilla.

Volvió a acomodarse y le dijo:

Vale, ves pasando - Al acabar se mostró decepcionada - Pero hay apenas una docena. Tascia me ha hablado de más de trescientas fotos.

Claro, sólo hay las de la memoria interna. Un fallo por mi parte. Me di cuenta de que no había puesto la tarjeta, enmendé mi error, pero olvidé borrarlas. La memoria SD con toda la colección completa está en un lugar donde debería haberla encontrado o la encontrará mi esposa... Aunque, ahora después de "muerto" ya casi no importa – cambió bruscamente de tema - Tú ¿no te haces fotos de este tipo, con algún cliente?

Raramente. Normalmente suelen ir más al grano. Y muchos de ellos se verían seriamente comprometidos si hubiese imágenes de ese tipo. Lo tuyo es un caso muy peculiar – expuso Klara.

Muy buena, realmente la tortilla. Justo como a mí me gusta - evadió Roberto una respuesta directa.

Sí, me suelen quedar muy ricas, pero no es lo único que hago bien – respondió ella y su boquita mostró una sonrisa inconfundiblemente picarona

Oye – siguió diciendo Nilda, inesperadamente después de comer unos minutos en silencio – Si quieres puedes utilizar mis servicios. Excepcionalmente, estoy dispuesta a invitarte a una prueba gratuita. No me interpretes mal, no es que quiera cepillarle el novio a Tascia. Sólo relación profesional. Y te aseguro que ella lo entiende, incluso lo aprueba.

¿Eh? Interesante oferta. Lo consideraré muy en serio. Tiempo tenemos. Vamos a pasar toda la noche juntos ¿no es cierto? Y es verdad que quiero hablar de negocios contigo, pero en estos momentos sobre otro tema.

Ahora la que se mostró sorprendida fue Nilda

Tú dirás...

Necesito que alguien totalmente desconocido en mi entorno, esté presente en mi funeral, que supongo será, a lo sumo en cuatro o cinco días. Algo como casual como la devota nieta que va a llevar flores a su abuelita EPD... - explicó Roberto.

¿EPD?

En paz descanse. RIP en latín, Requiestat in pace.

Vaya. –repuso Nilda - Disculpa mi ignorancia, seguro que Tascia sabe eso y muchas más cosas. Es mucho más instruida que yo. No creo que te lo haya dicho, porque en eso es muy modesta. Pero tiene tres carreras. Licenciada en filosofía, económicas y filología.

Vaya. Sí que me he percatado que su cultura es mucho más alta de la que

corresponde al gremio. Pero no sabía su alto nivel de estudios.

Volviendo al tema. Voy al cementerio, me coloco cerca de tu entierro, como curiosa y mucho que soy, me acerco. ¿es eso?

Exactamente y te fijas muy bien en los asistentes. Con mucha precaución, haces todas las fotos que puedas. Pero no te arriesgues ni un pelo. – se levantó se aproximó al perchero y rebuscó en su cazadora hasta encontrar el fajo de billetes, se sentó de nuevo frente a ella – Veamos, trabajo especial, plus de riesgo... espionaje y otros pluses.

Depositó tres mil en billetes de cien y cincuenta. Ella los miró sorprendida.

Caramba, tu generosidad no es ficticia, es bien real.

Ahorro. Pero ahorrar para mí significa prescindir de muchas cosas pequeñas para conseguir una grande. Como salvar mi vida y eso no es barato.

Aun así. Eres francamente espléndido. ¿Cómo reconoceré a tu esposa? – indagó Nilda.

No se te será difícil. No creo que vayan muchas mujeres a mi entierro. De hecho, no creo que vaya mucha gente. – expuso Roberto.

¿No tienes ninguna foto suya?

Sí – repuso Roberto y levantándose busco su cartera en la cazadora y le mostró la imagen de una mujer de cincuenta y bastantes años bastante anodina. La mujer debería haber sido guapa en su juventud.

- ¿Café? y ¿copa de coñac? – preguntó Nilda, devolviéndole la cartera.

- Por supuesto y un cigarrillo...

Antes de levantarse, Nilda tomó el paquete, prendió un pitillo y después de darle una calada, se lo puso en la boca. Luego encendió otro para ella. Charlaron un rato. Un poco de todo, mucho de nada.

Finalmente, cuando la conversación fue decayendo, casi a las seis, Roberto le dijo:

¿Te importa que haga una siestecita? Es que llevo poco tiempo muerto y eso fatiga mucho. Y quizá necesite reponer fuerzas –sonrió él maliciosamente.

En absoluto. Voy a leer un poco. ¿para cenar? – preguntó Nilda.

Oh, cualquier cosa. Unas pizzas, mismo.

Vaya, culinariamente hablando eres el hombre más fácil que he conocido. Luego me bajo a comprar algo. Si oyes la puerta, tranquilo. Usaré mis llaves. Cerveza, supongo. - Claro - contestó ya desde la alcoba, tumbado en la amplia cama.

Nilda subió, dejó la compra en la cocina, recogió la mesa, la volvió a poner. Miró desde el quicio de la puerta la cama. Roberto estaba dormido como un lirón. De repente se le ocurrió una divertida y traviesa idea. Entró sigilosamente en la habitación y con sumo cuidado, muy lentamente le quitó los calzoncillos. Se los llevó y los escondió en el sofá.

Roberto se levantó aún bastante soñoliento. Oyó la voz de Nilda.

Ehh, ven. Mira, están hablando de ti.

“...la policía sigue investigando el caso del mortal atropello sufrido por Roberto Alazar. Las declaraciones del conductor de la ambulancia completamente desolado afirman que se le cruzó inopinadamente, corriendo y con el semáforo en rojo. No pudo hacer nada para esquivarlo. Rápidamente bajo lo examinó viendo que su estado era gravísimo pero que aún estaba con vida por lo que lo subió a la ambulancia y lo llevó, poniendo la sirena, a toda prisa al clínico donde ingresó ya cadáver.

Se ha interrogado a diferentes testigos presenciales, a su jefe y personas relacionadas con él. Todo apunta a que se trata de un fatal accidente... seguiremos informando. Ahora deportes” - Y ¿Por qué no hablan de tu esposa o mejor dicho de tu viuda? – se extrañó Nilda.

Solo cuando acabó de oír esto, se dio cuenta de que estaba completamente desnudo.

¿Pero?... – Roberto la miró y vio su pícara sonrisa – Ah, niña mala. Ladrona de calzoncillos ¿Por qué me los has quitado?

Un jueguito travieso. Pero estás más guapo así – sonrió Nilda.

Al ver la mirada de ella fija en sus genitales, Roberto lejos de molestarse, reaccionó con una notable erección.

Nilda cogió la cámara y le hizo un par de fotos.

¡Ehhh! ¿Qué haces?

Oh, no he podido resistir la tentación. Pero estás tan guapo... Aunque si te molesta, las borro y ya está...

No, no. Realmente me gusta. Pero espera un momento – rebuscó en los bolsillos de su cazadora –. Toma, pon esta –le dio la tarjeta - Está vacía.

¡Vaya! Un hombre preparado para la vida moderna. Cambio de puta, cambio de memoria SD. Cada cosa en su lugar.

Soy un hombre muy ordenado. – repuso Roberto.

Ya veo, ya – Nilda colocó la tarjeta – Quieto no te muevas. – hizo varias más. El posó sin ningún pudor.

Parece que el juegucito te está gustando. Pero no olvides que yo tengo la patente, pásame la cámara. – le hizo varias. Nilda disfrutaba. Se puso de pie y se colocó en diferentes poses ciertamente provocativas. Finalmente se desabrochó el sostén y lo lanzó al sofá – venga amortiza tu patente, perversidillo. – quitándose las bragas siguió diciendo – Vale. ahora ya estamos en igualdad de condiciones y podemos cenar...

Observó su pubis, lo quedó mirando algo sorprendido y cada vez más excitado.

¿Te sorprende verme el coñito tan rasuradito? Te advierto que muchas mujeres, no sólo las putas, se lo depilan. En mi caso, por aquello de que “al mal follador hasta los pelos le estorban”

8-EL FUNERAL

Siendo tan amigas Nilda y tú ¿te molestaría que echásemos un polvo?

¿Por qué? Ya sois mayorcitos. Es vuestro problema... aunque creo que vas de farol. Y no sé el motivo.

Creo que no has pillado el chiste. Ya lo hemos hecho. Pero quería ver si Nilda es capaz de guardar un secreto aún con su mejor amiga. Le pedí muy seriamente que no te lo contase, y por lo que veo que hasta el momento no te lo ha confesado.

Pero lo cierto es que sí que sabes que le he pedido un favor. Arriesgado, pero un riesgo calculado. Un gran favor. Necesito que vaya a mi entierro. Ya hemos hablado de eso y ella está de acuerdo. Trato cerrado.

¿Y qué es lo que Nilda tiene que hacer?

Básicamente observar. Hacer algunas fotos con el móvil, sin asumir riesgos. Acercarse si puede y curiosear, observar sobre todo a mi exjefe

Carles Montagut y a su digamos, socio. Como mínimo, Carles estará presente. Aunque sólo sea por quedar bien, al fin y al cabo, ha sido mi jefe durante más de diez años.

—----—

Efectivamente no habría más de veinte personas alrededor del ataúd de Roberto, entre ellos su exjefe. Pero sólo se encontraban presentes dos mujeres y ninguna de ellas correspondía a la foto que él le había mostrado de su esposa.

Nilda con un atuendo mucho más discreto de lo habitual, ciertamente no de su gusto, depositaba un ramo de flores en una tumba que había elegido como la de su abuela, lo más cerca posible del sepelio.

Discretamente tomó varias fotos con el móvil, que enseguida envió a Tascia.

Tal como le había explicado Roberto, el acto tenía lugar muy cerca, casi en la puerta del panteón familiar. Con su habitual desprecio por el riesgo, Nilda se aproximó al pequeño grupo y lo más respetuosamente que fue capaz preguntó a uno de los asistentes.

Disculpe ¿pero no es ese el tipo que murió atropellado por una ambulancia? Lo he visto por las noticias... Y no he podido evitar oír su nombre al cura. Roberto Alazar. Lo recuerdo bien porque el nombre me hizo mucha gracia, no pude dejar de pensar en Roberto Alcázar y Pedrín los personajes de cómic.

Sí, es él. Pobre Roberto qué final tan triste y tan tonto...

Vaya sí que lo siento. ¿es usted familiar? – Nilda adoptó una perfecta cara de circunstancias.

No, no éramos familia. Soy uno de sus pocos amigos – respondió el hombre, señalando con un gesto el reducido grupo.

En cualquier caso, mi más sentido pésame – respondió Nilda. Ese hombre en primera fila con el traje elegante ¿era familia del finado? ¿tal vez su hermano?

No, Roberto no tiene familia. Su jefe. Aunque hace años que no nos veíamos sé que trabajaba en una pequeña notaria, de pasante...

Nilda quería preguntar si alguna de las dos mujeres era la esposa de Roberto. Pero ni con toda su habitual osadía se atrevió a hacer más preguntas. Así pues, se despidió del hombre y regresó a la tumba de su

“abuela”.

Tascia oyó el sonido del móvil. Lo cogió y tras examinarlo le dijo a Roberto:

Mira, fotos de tu entierro. Parece que tu agente de campo se ha tomado a pecho su cometido.

A ver – dijo él mientras se aproximaba – Ah mira, ese es Carles. Esa mujer a su derecha es la doctora Laguna, la que hizo mi autopsia. Pero no identifico a la rubia... ¿Quién es?

Vaya, una desconocida en tu entierro. Rubia y bastante atractiva... AA – se sorprendió Tascia.

¿AA? – preguntó Roberto ciertamente desconcertado.

Admiradora anónima – aclaró ella

Vale... No, creo que ya sé quién es – respondió él. - La enviada del socio de Carles, que tal como pensaba no se ha presentado. Pero que le ha encargado el trabajito de observar los hechos in situ. Mándale un mensaje a Nilda que aborte discretamente y desaparezca rápido.

Me estás asustando – exclamó con preocupación Tascia, mientras tecleaba un mensaje en su móvil.

No, no te asustes. Sólo es que soy muy precavido. Tal vez excesivamente.

Al cabo de apenas dos horas llegó Nilda. Parecía haber vuelto corriendo y no le hacía falta fingir, su preocupación era bastante real. Se quitó el gorro que ocultaba toda su llameante melena y las gafas que le conferían un aspecto de colegiala aplicada. Dejó el abrigo de paño gris en el colgador y se quitó el jersey de cuello alto y aspecto vulgar, quedando a la vista sus ciertamente provocativos sostenes.

¿Porque me has dicho que volviese? Y con tanta urgencia – le preguntó a Tascia.

He sido yo – terció Roberto – Una de las fotos me ha puesto en alerta. Estamos tratando con gente astuta. Muy astuta y peligrosa. – Parecía a punto de empezar a explicarse, cuando sonó un aviso en un móvil. Él se levantó, rebuscó en los bolsillos de su cazadora y lo sacó.

Ese no es tu móvil – se sorprendió Tascia.

Cierto. Este es mi *otro* móvil – respondió Roberto. - y os explicará muchas cosas...

Y puso en marcha una grabación:

“... pues nos ha jodido bien tu pasante medio tonto. Porque está claro que se nos ha adelantado. Se ha hecho con la pasta y lo atropellan. Y el dinero se esfuma... ¿crees que habrá orquestado su propio accidente?”

“No. No lo sobrevalores. – identificó Roberto la voz de Carles y se lo dijo a las chicas- No es capaz de preparar todo ese escenario. Creo que lo sucedido es que sí que cogió el dinero y se lo llevó en ese carrito, pero todo le venía demasiado grande y estaba muy asustado, lo que le hizo precipitarse bajo las ruedas de la ambulancia”

“Pero ¿y la pasta?” – interrogó la primera voz.

“He hecho ciertas diligencias – terció otra voz, claramente de mujer – Varios testigos presenciales afirman que un pordiosero sin escrúpulos aprovechó la ocasión y se hizo con el carro. Lo complicado es que nadie puede identificarlo. Estoy haciendo pesquisas, pero seguro que sí ha encontrado lo que los tres pensamos, estará tan asustado que no asomará las orejas”

“Y esa chica que se ha acercado a preguntar en el entierro ¿no sabrá nada?”

“No. He comprobado eso. – de nuevo la voz femenina - Estaba casualmente poniendo flores en una tumba y sintió cierta curiosidad. Roberto es un personaje del momento. Todos los noticiarios hablan de él. Pura chafardería.”

Él paró la grabación y suspiró aliviado.

Parece que estás a salvo, Nilda. No sospechan de ti. Un óscar a tu actuación.

Genial – respondió ella – Ahora disculpadme, pero tengo un cliente que atender.

9-NO MÁS MENTIRAS

Supongo que me he metido de patas, ahora soy cómplice de algún horrible delito y ni siquiera sé cuál. – comentó, con cierto temor en la voz Tascia. Hacía un par de horas que Nilda se había marchado y ellos estaban cenando.

Como no tenemos que madrugar, creo que es el momento ideal de contarte una historia. Te advierto que es bastante larga. - Miró Roberto su reloj. Casi las nueve de la noche. Tragó un bocado, empujándolo con un largo trago de cerveza.

La noche es joven, tal como dices no tenemos que madrugar y estoy francamente intrigada. Soy toda oídos.

No recuerdo habértelo dicho nunca, pero tienes unos ojos muy bonitos. - dijo Roberto mirándola fijamente a la cara.

¡Vaya! Sorprendente piropo. No parece que nadie se fije demasiado en mis ojos. Generalmente los halagos van dirigidos a mis tetas, a mi culo... bueno ya sabes. - respondió Tascia francamente halagada. Pero no creo que esa sea la historia prometida...

Iba a empezar a hablar, pero ella le detuvo.

Espera un segundo - levantándose, fue a la cocina y regreso enseguida con unos pastelitos, dos copas y una botella de cava de buena marca. Se la tendió y le dijo:

Haz los honores. Descorcha. Brindaremos nuevamente por tu regreso al mundo de los vivos.

Sonrió. Lo hizo, sirvió y empezó a hablar.

La historia empezó tres días antes de nuestro primer encuentro. Como ya sabes soy un mindundi, un simple pasante de notario, y encima a punto de acabar en el paro. La pequeña notaria en la que trabajaba, va bien, pocos, pero selectos clientes. Sólo dos empleados, mi exjefe y yo. Sabía que una fuente de ingresos era dinero negro. Por poco que veas los informativos, estarás al tanto de los casos de corrupción en los que están implicados todos los partidos políticos. Comisiones fraudulentas, sobornos, fundaciones ficticias, partidas presupuestarias de imposible explicación. En suma, dinero que desaparece. Mi exjefe tiene buenos contactos políticos y por una parte del pastel, no tiene inconveniente en actuar de intermediario. Todo el tiempo, desde hace años he estado al tanto de todo, aunque he fingido muy bien ser bastante más tonto de lo que soy. Oí una interesante conversación con el sub delegado de cierto partido. Supe que iban a ocultar una importante cantidad de dinero en la notaria, ante el temor de un inoportuno registro de la sede.

¿Importante cantidad? - le interrumpió Tascia.

Como un millón. - especificó Roberto.

Joder, ¿de euros? - interrogó Tascia con los ojos abiertos como los de un búho.

No, de garbanzos. Pues claro. Así que rápidamente tracé un plan. Esta mañana al ir a trabajar me he llevado el carrito de la compra. Algo bastante frecuente que no levanta la más mínima sospecha, cuando salgo a las seis, paso por el súper. Pero hoy ya he salido cargado del despacho, aun así, he ido de compras. – siguió explicando Roberto.

Espera... - Tascia nuevamente cortó para preguntar - ¿Quieres decir que sacaste la pasta, del despacho, en el carrito de la compra?

Exacto...

Pero... toda esa pasta... todo ese volumen, ese peso - dudó Tascia.

Está claro que no sabes lo que pesa el dinero. Un millón en billetes de quinientos son dos kilos doscientos gramos, de cien, unos diez kilos y de cincuenta, aproximadamente unos veinte. Algo más si están usados. Y el volumen es bastante más reducido de lo que pueda parecer. Y todo está en billetes de quinientos, cien y cincuenta muy bien repartidos.

Entonces sí que recuerdas el carrito dichoso ¿Dónde está?

Desaparecido. Un testigo presencial afirma haber visto a un indigente colocarlo en su carro de chatarra. Le gritó, pero el vagabundo, al que no hay posibilidades de identificar, apretó correr y desapareció por la esquina. No habrá encontrado nada más que unas vulgares compras. Patatas, latas de atún, de cerveza y cosas perfectamente normales. Aunque no se ha ido de vacío. Alguien le dio quinientos euros por llevarse el carrito y hacerlo desaparecer.

Casualmente, en el aparcadero de carritos del súper había uno exactamente igual al que yo traía. Casualmente alguien se ha llevado equivocadamente el mío. Y casualmente ese alguien es el conductor de la ambulancia que me atropelló. Y casualmente mi carrito acabó en el vehículo. Ya ves, todo casualidades de la vida. Pero no acaban aquí... Casualmente, la doctora de guardia que firmó mi certificado de defunción y la que hará mi "autopsia" es una vieja colega. A la que conocía como compañera de colegio prácticamente desde el parvulario. Y casualmente el conductor, es su marido. Él fue quien se ocupó de mi "atropello"

Amigos hasta en el infierno dice la sabiduría popular –exclamó Tascia - Sólo aclárame algunos detalles. Yo vi el noticiario y algunas imágenes al llegar al hospital resultaban muy sobrecogedoras. Tenías la cara destrozada, sangre por todas partes.

Maquillaje. Efectos especiales, hoy en día no tiene demasiada ciencia. ¿no te has fijado lo reales que parecen los disfraces de zombi en carnaval?

Vale, eso está aclarado. Pero lo de la autopsia...

Sólo se firmará. Se fingirá que se hace. No te creas lo de las películas, no es un acto tan social. No hay un montón de estudiantes mirando cómo me desguazan. Y menos ahora que los servicios médicos están tan colapsados. La huelga ha resultado providencial. Un atropello que no ha sido culpa del conductor, que ha prestado voluntariamente su deber de auxilio. La policía científica hará sus deberes, encontrará restos de mi pelo, ADN, sangre en el parachoques de la ambulancia y en el suelo. Pero lo importante es que mi jefe y su amiguito, se crean la película.

¿Ha visto tu esposa, o mejor dicho tu viuda, nuestras... eh... peculiares fotos?

No. Ni las verá nunca. – sentenció Roberto.

¿Cómo? – la sorpresa de Tascia fue completa.

Fácil. No hay ninguna señora Alazar. No existe. Soy soltero. Nunca me he casado.

¡Qué gran pedazo de cabrón! – exclamó ella - ¿y dónde están las jodidas fotos?

Donde han estado todo el tiempo. Aquí – Roberto alargó el brazo y hurgó brevemente debajo de la mesa ratona. Sacó un celo pegado debajo y con él la tarjeta SD.

Ahora sí que no entiendo absolutamente nada. – exclamó Tascia

Una historia un poco rocambolesca. Pero ya sabes, el fin justifica los medios y el fin, si es obtener una buena suma, se justifica a sí mismo.

Joputa, vaya con el pasante medio tonto. Pero eso no explica la historia. “Unas fotitos para poner celosa a mi mujer...”

Necesitaba una cómplice ignorante del quid de la cuestión. Alguien que nadie pudiese relacionar conmigo, por nuestra propia seguridad. Si hubiese subido contigo y echado un polvo, habría sido sólo un cliente más. Necesitaba inventar una historia que crease cierta complicidad. Era preciso ser alguien especial para ti, no sólo un cliente del que te olvidas sólo cerrar la puerta.

Por cierto, otra cosa que debo confesarte. Nuestro encuentro no fue del todo casual. Te elegí cuidadosamente, nada de azar. Tú no lo sabes, pero

la tarde antes estuve paseando por la calle, sin sombrero ni gabardina. Y estuve largo rato mirando el "escaparate", enfrente de una espumosa cerveza, sentado al lado de la ventana de ese bar delante mismo donde esperáis a vuestros clientes.

Por cierto, una de las primeras chicas que vi fue a tu íntima amiga Klara – Nilda, y siento decirlo, pero inmediatamente la descarté. Simplemente no era el perfil y no solamente porque es demasiado voluptuosa, sino porque aposté doble a sencillo que no se tragaba mi rollo.

Claro, yo tengo más cara de tonta... - afirmó Tascia. – Pero incluso así, con la competencia que hay ¿Cómo te decidiste por mí?

Nunca he pensado que tengas cara de tonta, en todo caso de buena chica. Y tu pregunta es fácil de responder. Ninguna de tu abundante er... competencia, cumplía mis expectativas. Demasiado jóvenes, demasiado viejas o... demasiado putas. Pero realmente lo que me acabó de decidir fueron tus ojos... Ya sabes que soy un tipo raro al extremo de que lo primero que miro en una mujer es su cara y en ella están sus ojos. – explicó Juan, apoyando su argumento en una mirada franca y directa.

Pero y ¿si yo no hubiese accedido a tu solicitud? – objetó Tascia.

La apuesta era casi segura. Un alto índice de probabilidades estaba a mi favor. Esperabas un cliente en una tarde fría y bajo una fina llovizna. Y mi argumento... el billete de cien, era muy persuasivo. Además de la carta de mi natural encanto. Es cierto que nunca me he casado, pero ello no implica que no haya habido mujeres en mi vida. No soy tan mal psicólogo.

Sí, creo que tienes mucha psicología de calle. ¿Debo pensar que te enamoraste de mí a través del cristal de una ventana? – indagó Tascia con un brillo peculiar en sus ojos.

No... Pero aparte de ser la candidata perfecta, me gustaste desde el primer momento. Si vas a hacer algo muy enrevesado, hazlo a lo grande. Y entonces creí que había escogido lo mejor. Ahora estoy completamente seguro de que mi elección no habría podido ser más acertada. De ser la mejor opción posible, has pasado a ser la única.

Realmente maquiavélico. - dijo Tascia intentando en vano disimular su azoramiento y la agradable sensación que le producían las palabras de Roberto - ¿Has pensado en escribir novela negra? ¿O guiones para series de misterios? Creo que tienes talento...

Tal vez. Pero sigo: Después de mi "muerte" necesitaba un sitio donde esconderme, del que nadie pudiese sospechar. Está claro que no podía volver a mi piso de soltero, pues aparte de Carles y su socio, habrá sido

visitado y registrado a fondo incluso por la policía.

Podrías haber alquilado una habitación en una pensión de mala muerte – apuntó Tascia.

Era una alternativa. Plan B como dicen en las pelis americanas. Pero incluso allí te piden documentación, algo inapropiado para Juan Nadie. Además, así ha resultado mucho más divertido.

Por descontado que sí – aceptó Tascia, pensó un momento y siguió - Pues vaya marrón le has dejado al Carles ese y a su socio. A ver como explican que un muerto les ha robado un millón de euros.

Pues si ique se jodan! Son unos cabrones malnacidos. Pero ya se las apañaran. Y si no me da igual. Sí, les he robado, pero... Pero quien roba a un ladrón...

Además, no te lo he comentado todavía, pero esos dos pájaros querían asesinarme. Lo tenían todo planeado. Su plan era hacerme parecer culpable de la desaparición de la pasta y luego quitarme del medio.

¡Bueno! – lo miró ella fijamente – Eso suena hasta un poco paranoico.

¿No me crees? Tengo pruebas – le levantó, fue hasta su cazadora y cogió el móvil. No el suyo, otro que Tascia veía por primera vez - Escucha esta grabación. Atenta al video que no tiene desperdicio

“sabes, respecto al lerdo de tu pasante, se me ha ocurrido un buen plan para él, bueno realmente para nosotros...”

“Verás, he pensado que podría desaparecer la pasta y que no sería demasiado complicado que Roberto aparezca como culpable. Luego le ocurre un terrible accidente y todo se evapora como humo...”

Hombre, estamos hablando de asesinato. Un poco fuerte

¿Por todo ese dinero? Que podríamos repartirnos tú y yo. Además, te vuelvo a decir que todo quedará como un desgraciado accidente. - Roberto paró la grabación.

Aquí estuvieron geniales. De hecho, acabaron de perfilar una idea a la que yo llevaba dando vueltas. Mi intención desde el primer momento era hacerme con el dinero. Eso lo tenía bien claro, y también que desaparecería ipso facto. El punto de cómo hacerlo era lo que no acababa de ver claro y esta conversación me sirvió para afinar el plan y darle forma.

Lo dicho antes – apuntó Tascia – En la pura línea de novela negra. Y esos son dos son unos hijos de la grandísima puta. Aparte de dejarles a dos velas, creo que deberías vengarte y de paso hacer justicia. No es nada sabio permitir que se vayan de rositas.

Sí, creo que tienes más razón que una santa - Roberto la miró, agradablemente sorprendido.

Seguro que ya habías caído en la cuenta. Tienes todos los ases, esta grabación, el caldo de cultivo perfecto en todos esos escándalos que habías mencionado- empezó a decir Tascia - Y creo que puedo ayudar. Uno de mis clientes es periodista. Un buitre que siempre anda hurgando en todos los estercoleros buscando carroña. No me será nada difícil convencerle para que filtre esa grabación. Incluso creo que estará dispuesto a pagar un buen precio. No es que nos haga falta el dinero, pero ya sabes “el que no malgasta, hace pasta”.

No pienses que la idea no ha dado vueltas por mi cabecita. – respondió Roberto - Pero es muy complicado. No veo como podría hacerle eso al conductor de la ambulancia y de rebote a la doctora Alicia Laguna, mi antigua compañera de colegio. Ellos serían los principales sospechosos y blanco de muchas preguntas de difícil respuesta. No se puede hacer la tortilla sin romper el huevo.

11-VACACIONES

¿Qué tal unas Navidades en la Riviera o en la Toscana? Con todos los gastos pagados - dijo Roberto, de manera totalmente imprevista.

Es una broma ¿verdad? – le respondió Tascia mirándolo directa a los ojos.

En absoluto. Quizá te gustaría más algún otro sitio. Tal vez Mykonos o alguna islita griega.

Me encanta la idea. Cualquiera de esos sitios. Pero tal vez olvidas que estás muerto. No tienes documentación, ni pasaporte ni nada. ¿vas a presentar en el aeropuerto tu certificado de defunción?

No. Pero posiblemente tú puedas ser de gran ayuda una vez más. Supongo que conocerás alguna buena persona que por un módico precio sea capaz de proporcionarme los documentos necesarios.

Un falsificador. Hum, no he tratado directamente con ninguno, pero en la calle se oyen muchas cosas. Déjalo en mis manos.

Además, la propuesta tiene cierta parte egoísta. Necesito alguien que alquile el apartamento, haga transacciones económicas, pueda pagar con

tarjeta y todos esos pormenores. Y tú eres la candidata perfecta. Bueno, realmente la única posible. También te dejo claro que no me inmiscuiré en tu vida profesional. Puedes buscar o aceptar cualquier trabajito.

No. Por supuesto que no. En caso de vayamos, tú eres el cliente Tú pagas, tú tienes la exclusiva. Tengo mi código deontológico ¿sabes?

Pero estoy pensando en Nilda. Tal vez deberíamos incluirla en nuestros planes – comentó Tascia.

Sí, yo también he considerado la posibilidad. Y lo cierto es que se ha ganado a pulso unas buenas vacaciones. Se ha currado mucho lo del entierro – Roberto hizo una pausa y siguió diciendo – Pero ya sabes el viejo dicho “tres son multitud”

Oh – repuso Tascia – En la variedad está el gusto. Además, ya habéis follado y parece que a los dos os ha ido muy bien. Y ya has visto que no me he puesto celosa... ni voy a tener celitos en ningún momento.

¡Vaya! Tentadora proposición, en verdad. Cierto es que ella es más joven y bastante más... Err... exótica que tú y hemos pasado buenos ratos de cama juntos. Pero lo cierto es que te sigo prefiriendo a ti. Me gustas más.

Vaya, me siento profundamente halagada – Tascia no pudo evitar sonrojarse pese a todo su profesional desparpajo – De todas formas, siempre puedes elegir. Ya sabes que yo siempre estoy dispuesta... y ella casi siempre. Incluso aunque tenga la regla no le importa follar, si su pareja no tiene inconveniente... Y seguro que ella no tendrá problema ninguno en buscarse la vida... aunque pienso que uno o dos polvos de cortesía quedarían muy bien por parte de los dos...

Vale, adjudicado. Hablaremos con ella y a ver si acepta venir con nosotros de vacaciones.

Oh, a buen seguro que sí. No va a rechazar propuesta tan sugerente – afirmó Tascia con convicción - Lo que si... un caprichito. Un lugar en el que haya muchas playas nudistas. Nunca he estado en ninguna, pero me hace mucha gracia. Y a Nilda más aún, en verano suele ir a Sitges, incluso a Mar Bella y otros lugares, siempre a playas nudistas. Y por ti no te preocupes, ya sabes que los nudistas combinan amablemente con los textiles. No tienes que andar por ahí en bolas si no te apetece.

No, no me importa en absoluto. Creo que puede resultar divertido.

Espera... si quieres puedo llamar a Nilda y comentarle la jugada.

Me parece bien. Pero dile que venga, no quiero que nos perdamos por

nada del mundo su cara cuando le hagamos la propuesta.

Desde luego. – cogió su móvil y llamó - ¿Nilda? Hola, estoy aquí con Roberto y queríamos comentarte algo ¿puedes pasarte? ¿sí? En veinte minutos... Genial.

Roberto miró el reloj. Las doce del mediodía un poco pasadas. Los dos estaban completamente desnudos.

Tal vez deberíamos vestirnos... - observó él.

¿Por qué? - objetó Tascia- No verá nada que ya no haya visto. Si tienes frío subo la calefacción...

No. La temperatura está muy bien. Tienes razón. No hay motivo para vestirnos... estamos estupendamente así.

Se oyeron unas llaves en la cerradura. Entró Nilda y no pareció sorprenderse lo más mínimo al verlos desnudos. Se quitó el chaquetón, lo colgó en el perchero. Pareció pensar algo unos instantes y acto seguido su falda cayó al suelo, se desabrochó la blusa, siguió quitándose el sujetador y las bragas. En un abrir y cerrar de ojos estaba completamente desnuda.

Donde fueres haz como vieres – sentenció alegremente - Hacedme sitio - Y se sentó con ellos en el sofá – ¿De qué queréis hablar? O ¿vamos a montar un trío?

No, calentorra, ahora no. Roberto tiene algo que decirte...

Hemos pensado en pasar unas vacaciones navideñas y se nos ha ocurrido que tal vez te gustase venir con nosotros...

Por supuesto que sí - la expresión de Nilda fue de una agradable sorpresa - Me encanta. Pero ¿no molestaré a los tortolitos?

Que tonta – exclamó Tascia – ¿Cómo se te ocurre tan siquiera pensarlo? Le he sugerido a Rob ir a alguna playa nudista. Ya le he explicado que eres bastante golfa y a ti te encanta andar por ahí enseñando esas bonitas tetas y tu coño depilado.

Pero si vamos a ir a la playa deberíamos cambiar a un destino más cálido – expuso Roberto - Sobre todo, si vamos a pasear desnudos. Tal vez las Islas Canarias. La alternativa más exótica sería Tailandia o mejor aún la Polinesia Francesa. Bora-Bora. Sólo hay un problemilla y es que los orientales no están muy por el tema del nudismo. En general está muy mal visto y en algunos lugares incluso puedes acabar en prisión. Yo creo que la opción más viable es Mas Palomas o Playa del Inglés en Gran

Canaria.

Claro. Y así Rob no necesita pasaporte – Observó Tascia.

Pero sí DNI y otros papeles – dijo Nilda – Supongo que necesitas uno nuevo. De ese tema me puedo ocupar yo, conozco a un verdadero Velázquez falsificando documentos. Muy discreto... Pero la idea de Playa del Inglés me parece sublime. Nunca he estado y creo que me... nos encantará. Además, Rob tendrá poca competencia, según tengo entendido es un paraíso gay. Por cierto, hay que ir pensando tu nuevo nombre y apellidos...

¿Qué tal Leonardo? – propuso Tascia – Y de apellidos Casanova Marcilla.

Entiendo lo de Casanova, pero ¿Leonardo? ¿Marcilla?

Leonardo Notarbartolo, protagonista del que se conoció como el atraco del siglo. Uno de los mejores ladrones de guante blanco. Y Marcilla, por los amantes de Teruel. Diego Marcilla.

Ah. Muy apropiado. Creo que tendréis que conseguirme Cialis en cantidades industriales. La verdad es que me estáis asustando – dijo Roberto - Pues decidido, Canarias. Y no es por ahorrar... Así que pasaremos por el banco para retirar un poco de efectivo...

¿el banco? – Tascia puso unos ojos como de búho.

Si – y Roberto se dirigió hacia la habitación volviendo con la gran bolsa de la que todo el mundo parecía haberse olvidado. Soltándola con gesto teatral encima de la mesa, la abrió, apartó la cortina y debajo de la tela aparecieron ordenadamente colocados los fajos de billetes.

Caramba, sí que ocupa poco... -exclamo Nilda

Bueno es que no está todo... el resto, aproximadamente la mitad, lo guarde en otro lugar –respondió Roberto.

Ya, en el banco... -aventuró Tascia.

No. No me fio de los bancos. Está en un lugar mucho más seguro. Debajo de mi cadáver, en un doble fondo en mi ataúd. Bien cerrado en mi cripta familiar...

Chico listo este Roberto – repuso Tascia

Bueno, con esto podemos pasar unas buenas vacaciones... - afirmó Nilda

- Claro, un millón da mucho de sí – repuso Tascia.

Bueno, esa es otra mentirijilla. La última. Realmente no es un millón, es un poquito más... Tres millones y... pico.

FIN